

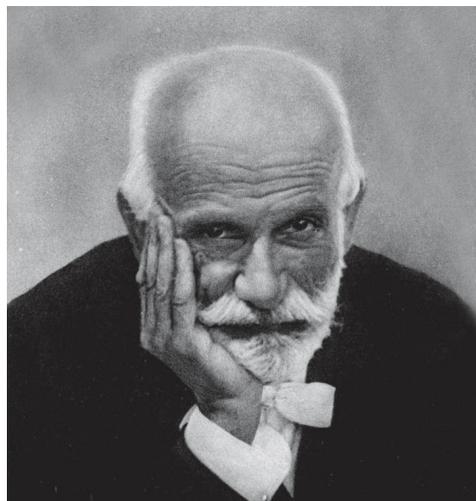
# Francisco Giner de los Ríos

---

Antología



FUNDACIÓN FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS  
[INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA]



# Francisco G i n e r de los Ríos

---

A n t o l o g í a



FUNDACIÓN FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS  
[INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA]

**Actividad subvencionada por el  
Ministerio de Educación, Cultura y Deporte**



[www.paoioioio.com](http://www.paoioioio.com)

Diseño de cubierta: Carlos Pan

Diagramación de interiores: Carlos Pan

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional de España No

Impreso España - Printed in Spain

Francisco Giner de los Ríos. Antología.

Primera edición: 2013

© Fundación Francisco Giner de los Ríos | Institución de Libre Enseñanza

Calle del Pinar S/N

Teléfono: +34 0.00000

Fax: +34 000000

Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

# ÍNDICE

## EDUCACIÓN

Instrucción y educación (1879).....	6
Sobre los defectos actuales de la «Institución Libre» (1881).....	14
La enseñanza confesional y la escuela (1882).....	17
Grupos escolares: la escuela mixta (1884).....	21
A propósito de Aristóteles y los ejercicios corporales (1884).....	24
Bases para una reforma universitaria de hace ya medio siglo (1884).....	28
Grados naturales de la educación (1897).....	34

## FILOSOFÍA, PENSAMIENTO, CIENCIAS SOCIALES

Paisaje (1886).....	38
Cómo empezamos a filosofar (1887).....	46
Espíritu y naturaleza (1897).....	52
La ciencia como función social (1898).....	56
Contra el dogmatismo (1899).....	59
¿Qué son las artes decorativas?(1900).....	61
Acerca de la función de la ley (1908).....	66

## POLÍTICA

La juventud y el movimiento social (1870).....	77
La acción moral de la juventud (1899).....	89
Aspectos del anarquismo (1899).....	94
Mi pesimismo (1904).....	99
Salmerón (1911).....	103
La última cuartilla (1915).....	110

# EDUCACIÓN



## Instrucción y educación

**T**estigo abonado de ello es nuestra presente sociedad, cuyas tendencias adolecen de un vicio radicalísimo. «Se nos enseñan muchas cosas —dice con frecuencia el joven—, menos a pensar ni a vivir». El resultado es lógico. Los hombres *medio instruidos*, pero no *educados*, tienen su inteligencia y su corazón punto menos que salvajes; oscilan al azar, guiados por un oscuro instinto más difícil de interpretar que el oráculo de Delfos; ignoran el arte de formar ideas propias y el de servirse de las ajenas, y la anarquía de su desvariado pensamiento se refleja en la inconstancia de su conducta, que por fáciles modos se envilece en el egoísmo y el ateísmo práctico. Así, la sociedad contemporánea, hija de aquella psicología para la cual la nota característica del espíritu es el pensamiento, no ve en el hombre más que la inteligencia, y en la inteligencia, el entendimiento; es decir, la fuerza de penetración y acomodo de los pormenores. Así también el gobierno de esta sociedad no está, como suele decirse, en manos del dinero ni de la fuerza, sino del talento, de los hombres sagaces, astutos, rápidos de comprensión, descreídos de ideal y expeditos de lengua.

Por manera que la educación de nuestros tiempos padece, primeramente, por suponer que el elemento intelectual es el único que necesita racional dirección, y abandonar el resto a la conciencia individual y al irregular, y a veces contradictorio, estímulo de los varios sucesos a que se fía la formación de nuestro espíritu en todas relaciones. Y en segundo lugar, peca esa educación, dentro ya de esa misma esfera, a que tenazmente se limita, por ser principal, casi exclusivamente, pasiva, asimilativa, instructiva, ciñéndose a imbuir en nosotros las cosas que se tienen por más averiguadas y dignas de saberse, sin

procurar el desarrollo de nuestras facultades intelectuales, su espontaneidad, su originalidad, su inventiva. ¡Qué convicciones arraigadas pueden esperarse de semejante sistema!

[...]

Al concepto de la educación y la enseñanza en vigor obedecen, en general, el espíritu interno y la organización exterior de todas nuestras escuelas; así las destinadas a dirigir al hombre en los primeros años de su vida, como las que presumen de más altos servicios. Ciertamente que respecto de aquéllas, por la impotencia lógica del absurdo, se reconoce casi unánimemente que deben tener carácter educador, esto es, cuidar de desenvolver en el niño todas las energías y facultades; pero esta declaración, meramente teórica, no surte en la práctica efecto alguno de verdadera importancia. El procedimiento usual de *estampación*, que podría decirse, y por medio del cual se lucha a brazo partido con el niño hasta hacerle repetir mecánicamente unas cuantas nociones — más o menos inexactas—, más parece artísticamente enderezado a anular en él la inteligencia que a proteger su gradual evolución. Una disciplina absurda, que obliga a la quietud y al silencio; que favorece la vanidad, la envidia, la delación y la mentira, y da frecuentes ejemplos de violencia, de ordinareiz en aspiraciones, gustos y maneras, por lo común de vergonzosa suciedad en la persona y el vestido, corona dignamente esta obra de ignorancia. Ya después, ¿a qué hablar de personal, de material, de locales? En todo ello, y tomadas en conjunto, las escuelas públicas y las privadas rivalizan desdichadamente.

La profunda concepción de Fröbel, que, destinada a operar un cambio radicalísimo en nuestra sociedad, comienza por fortuna a difundirse en todos los pueblos cultos, constituye, sin duda, el inmediato fundamento para la reforma de nuestra educación. Recordemos, por cierto, que a hombres liberales se debió el establecimiento de la primera cátedra para enseñar la pedagogía

fröbeliana, cátedra abierta en la Escuela libre de Institutrices por el inolvidable don Fernando de Castro; como se le debieron los proyectos para crear varios jardines conforme a este sistema, proyectos sobre los cuales ha establecido luego el de Madrid el señor conde de Toreno<sup>1</sup>. Pero los procedimientos de Fröbel nada significan, ni pueden tener trascendencia, si no van acompañados del sentido que los inspira. [...]

Así, no es maravilla que uno de los más competentes reformadores de la enseñanza francesa, Julio Simón —si mal no recordamos— haya dicho: «Todos los niños son inteligentes, hasta que entre el maestro y los padres se encargan de embrutecerlos».

Y, con todo, en la escuela primaria todavía la fuerza de las cosas mantiene cierta tendencia educadora, pese a Bain, que, contra su habitual discreción, opina que la misión del maestro es suministrar al discípulo «una cierta instrucción definida». Allí, con efecto, no cabe desatender en absoluto el sentimiento, ni la actividad corporal, ni el carácter moral del alumno. En las demás instituciones que forman los grados superiores de la jerarquía, el divorcio es tan riguroso, cuanto que las más veces hasta se procura de intento. Los griegos lo entendían de otro modo. Para ellos, ni cabía instrucción sin educación intelectual, ni educación intelectual sin cultura completa del espíritu y el cuerpo. Platón será en este punto el eterno modelo de toda enseñanza digna de tal nombre. Enseñanza —¡qué herejía para el antiguo régimen!— dada sin reglamentos,

---

<sup>1</sup> Único oficial (y extraoficial) que creo exista todavía en 1914. En 1882 quisieron el ministro Albareda y el director Riaño dar un enérgico impulso a los jardines fröbelianos creando una escuela para la formación de sus maestros y un patronato para dirigir ésta y aquéllos; pero la reacción ignorantista de 1884 (Pidal, D. A.) suprimió la escuela y modificó el patronato sustituyendo a personas de tan alta competencia y universal reputación intelectual y moral como, v. gr., doña Concepción Arenal o don Juan Uña, por una sección de respetables damas de la Junta de Beneficencia. Y así siguen.

concursos, oposiciones, libros de texto, exámenes; sin borlas, mucetas y demás insignias solemnes; y —lo que es más grave aún— sin ese pedantesco abismo entre el maestro y el alumno, extraños hoy uno a otro para lo más de su vida, salvo el efímero vínculo de la lección académica, en que el profesor se siente inspirado de Real Orden todos los lunes, miércoles y viernes, de tres y media a cinco de la tarde. La unidad interna de su vocación formaba alrededor del filósofo el círculo de sus discípulos; y un trato personal y continuo alimentaba esa intimidad, sin la cual es imposible que se entregue a libre comunión la conciencia, cerrada por legítimo pudor ante la mirada indiferente de un auditorio anónimo y extraño. En cuanto al cuidado del cuerpo, sabido es hasta dónde lo elevó aquel pueblo de artistas. Hoy, ¡qué diferencial, las prácticas de aseo que se hallan a cada paso en la *Odisea* —con referirse nada menos que a los tiempos homéricos— debieran decretarse por las Cortes para más de un consejero de Instrucción Pública.

La filosofía escolástica, considerada exclusivamente con respecto a nuestro asunto, vino a cumplir lo que tal vez faltaba a la griega: el rigor intelectual, más que en la indagación, en la construcción de la ciencia, cuyas formas y procedimientos afinó sutilmente. Pero la enseñanza, familiar todavía en los primeros siglos de la Edad Media y en los primeros tiempos de sus universidades, tendía por necesidad cada vez a cerrarse en el intelectualismo y fue perdiendo aquella condición, sobre todo desde el establecimiento de las universidades, de que ya en el siglo xvii Spinoza advertía en su *Tratado político* que, «más que para cultivar los ingenios, se levantaban para oprimirlos» [...]. Y si la libre expansión cultural del Renacimiento trajo en esta esfera una crisis, de la cual había de nacer un mayor interés por los problemas de la educación, interés siempre desde entonces en aumento, hasta engendrar la constitución de la Pedagogía como ciencia, el principio de la jerarquía externa, útil para

fundar las nuevas sociedades, pero iniciado con el carácter exclusivo propio de los tiempos, se aplicó a aquellas corporaciones, que en la mayoría de los pueblos apenas van acertando hoy todavía a abrir liberalmente su espíritu a comunión con el espíritu social. En virtud de este orden de cosas, maestro y discípulo vinieron a considerarse, no como cooperadores, pero igualmente interesados en la obra científica, mas como dos órganos de funciones radicalmente inversas. El primero, como tal maestro, no era el hombre que investigaba la verdad, sino el que la poseía y la enseñaba; el segundo era el profano, el lego, que sólo tenía que poner de su parte lo estrictamente necesario para recibirla y retenerla.

Compréndese, desde luego, que esta nueva concepción, poderosamente auxiliada por el carácter dogmático de aquella edad y por la función principalmente instrumental de aquella filosofía, amenazaba desde luego la intimidad entre maestro y discípulo: intimidad que sólo cabe en la idea de un fin común y de una igual dignidad. Y la amenaza se cumplió por ley indeclinable; y la generosa juventud de la Academia, del Liceo, del Pórtico, vino a convertirse, andando el tiempo, en la masa indiferente y sin interna vocación que se atropella en los bancos de nuestras aulas el mínimo tiempo indispensable para obtener sus certificaciones.

La enseñanza perdió su carácter indagativo; pero como la ciencia no pudo perderlo, apartáronse una de otra, más o menos amigablemente, y las investigaciones originales se verifican desde entonces, digámoslo así, a puerta cerrada, por los profesores, o, más aún, por sabios, ajenos al profesorado; porque en Inglaterra, v. gr., con motivo de la urgente reforma de sus vetustas instituciones clásicas, un escritor ha asombrado al país con el catálogo de los descubrimientos que allí se han hecho fuera de las universidades. Entre nosotros, la opinión, justamente alarmada al comparar la enorme plétora de

nuestras aulas con el lento progreso de la cultura pública, quizá comenta aún aquellas palabras de Roxas Clemente, al afirmar que, si de sus estudios resultaren con el tiempo algunas ventajas a la patria, «todas se deberían a quien le apartó de las tareas estériles de colegios y Universidades...».

Los resultados, luego, de las propias o ajenas investigaciones que mejor comprobados parecen, se comunican al alumno, el cual ya no tiene más que aprenderlos, librándose de la tarea enojosa de buscarlos; verdad es que, adoctrinado por el hábito, si algo pide, es que se disminuya hasta el mínimo de los mínimos la dosis de sabiduría que ha menester para salir aprobado.

La vocación del profesor, en semejante orden de cosas, ¿cómo no ha de decaer y punto menos que extinguirse? Sin faltar a conveniencia alguna, deber doblemente imperioso para quien ha podido observar desde adentro el organismo real del magisterio público, y dejando a salvo la excepción de hombres beneméritos e ilustres (cuyos nombres, por lo mismo de ser tan pocos, vienen a los labios de todos), lícito es asegurar que no siempre, ni las más veces siquiera, son motivos extraños a la elección de este oficio la estabilidad que en él —a veces— se disfruta; la relativa independencia en su desempeño; la consideración que se le otorga, superior a su mezquino salario; las facilidades que proporciona para aumentar su clientela al abogado y al médico, o para llegar rápidamente a la cúspide de los honores y las dignidades políticas. Y si alguna voz se levanta en el seno de esta clase, invocando sus fines y llamándola a cooperar más concienzudamente en la doble obra de la ciencia y la educación nacionales, para un corazón que responda, ¡cuántas miradas de asombro en los sencillos, y cuántas sonrisas cínicas de los expertos y avisados vendrán a señalar la presión que en unos y en otros ejerce la conciencia de su ministerio![...]

Pero el verdadero remedio —ya se habrá comprendido por este trabajo— es otro y muy sencillo, tan sencillo como seguro, aunque de lenta y laboriosa aplicación: acentuar el carácter educativo en la escuela primaria, donde apenas existe, pero a cada instante brota, y llevarlo desde allí a la secundaria, a la especial y profesional, a la superior; en suma, a todos los órdenes y esferas. Como condiciones externas para que ese nuevo espíritu pueda allí formarse hay que convertir las lecciones en una conversación familiar, práctica y continua entre maestro y discípulo; conversación cuyos límites variarán libremente en cada caso, según es fácil suponer, pero que acabará con las explicaciones e interrogatorios del método académico, como igualmente con la solemnidad de nuestros exámenes y demás ejercicios inútiles. Para decirlo de una vez: conservando el sistema de mera exposición a aquella enseñanza en forma de discursos, que se dirige a un auditorio anónimo y de un cierto nivel medio de cultura, constituyendo las conferencias públicas, en lo demás, una cátedra de instituto, como una de doctorado; las de Derecho Civil como las de Fisiología o las de Metafísica, todas deben reproducir, cada cual a su modo, el tipo fundamental de una escuela primaria bien organizada. Esto es, deben venir a ser una reunión durante algunas horas, grata, espontánea, íntima, en que los ejercicios teóricos y prácticos, el diálogo y la explicación, la discusión y la interrogación mutua alternen libremente con arte racional, como otros tantos episodios nacidos de las exigencias mismas del asunto. [...]

No es posible alargar ya este desmedido trabajo. Sólo debe advertirse, para concluir, que la reorganización de la escuela primaria y la aplicación de sus formas y métodos más y más depurados a la secundaria, y de aquí cada vez en más amplia esfera —que es por donde debe empezarse—, constituye, no obstante el delicado tacto que requiere, una empresa inmediatamente asequible: de ello quisiera bien dar muestra la Institución Libre de Enseñanza. Nues-

---

tra torpeza y falta de medios tienen ¡todavía! a medio resolver este problema. Mientras esto no se comprenda, poco ha de esperarse de nuestros centros docentes, públicos o privados, para la cultura y progreso de la patria. El niño, que detesta la escuela; el joven, que maldice los estudios graves; el Gobierno, que los proscribiera de sus cátedras y hasta los persigue en ocasiones; el profesor, que repite año tras año la misma cantilena, suspirando con el alumno por la hora dichosa de las vacaciones, que ha de emanciparlos a entrambos<sup>2</sup>, son, después de la atonía del espíritu nacional, el más elocuente testimonio contra un orden de cosas que sólo por excepción deja de inspirar tedio. Con ser tan miserables los recursos materiales consagrados a su subsistencia, quizá todavía exceden al beneficio que produce.

1879

---

<sup>2</sup> Si es cierto que es España una de las naciones más infortunadas en cuanto a las relaciones entre el profesor y el alumno, el régimen escolástico produce sus efectos en todas, aun en las más adelantadas. Véase, si no, lo que acontece en Inglaterra: «No hay miedo de que el discípulo y el maestro se quejen de la frecuencia de los intervalos que los separan. Son una especie de enemigos naturales (!), siempre molestos uno para otro y siempre alegres de estar separados. Un año entero de vacaciones sería el ideal para ambos», Times del 15 de septiembre último.

## Sobre los defectos actuales de la «Institución Libre»

(Fragmento de una carta)<sup>1</sup>

**T**odos los defectos que ustedes, aunque tan cariñosamente, sospechan si tal vez tendrá la Institución, los tiene en efecto, y con más otros muchos. Lo que por desgracia no tiene son las cualidades que ustedes celebran en sus niños. Cuando ustedes dicen que en sus condiciones sociales «están al nivel de los niños de las mejores escuelas inglesas de su clase», comprendo los milagros de la benevolencia. Estimo que, en estas cosas, es la educación inglesa la primera entre todas; pero es fruto de condiciones que no pueden suplirse, en nuestra pobre, atrasada, mísera y querida España. Comenzamos los maestros por ser y valer y entender muchísimo menos que los suyos en esta clase de relaciones; pero aun cuando trajésemos a la Institución los mejores profesores ingleses, ¿podríamos traer la vida de familia, la organización social, el medio entero de fuerzas y elementos que contribuyen tanto a la acción de los educadores? Nosotros, llevados a Inglaterra, haríamos poco; pero menos harían los ingleses aquí. El sentimiento de la personalidad (sinceridad, valor, *self-help*, honor, etc., etc.), el cuidado y desarrollo de las fuerzas físicas, y las maneras, que son las tres cualidades —en mi sentir— culminantes de la educación inglesa, piden aquí una lucha tan viva con todos y contra todos, que a veces llega a desfallecer y rendirse el ánimo mejor templado.

Crean ustedes, amigos míos, que por desgracia es sólo un sueño eso de que ni aun los mejores niños de la Institución valgan tanto como los ingleses. ¡Ojalá!

---

<sup>1</sup> Esta carta fue dirigida a unos amigos ingleses en el otoño de 1881.

En cuanto a nuestras propias faltas, dependen ante todo de la ignorancia y la torpeza con que todavía realizamos nuestro sistema de educación.

Somos aún meros aprendices; y culpa nuestra es, y no de nuestros métodos, que éstos den todavía tan pobre resultado. Pero aparte de este vicio del *obrero*, no del *plano* de la obra; tal vez este mismo plano tiene defectos, que irán, Dios mediante, rectificándose y corrigiéndose poco a poco. No es extraño que, entre otros pormenores, peque aún de cierto exceso por parte de la estética y el arte; pero estas enseñanzas, con la de la moral, nos parecen muy a propósito para despertar lo que creo podríamos llamar *tendencias ideales* en el espíritu de nuestras clases medias y gobernantes, bien poco *idealistas*, a pesar de lo que ustedes piensan: porque hoy abundan harto más los Sanchos que los Quijotes. Nuestro carácter actual no es ni elevado, ni práctico (cosas perfectamente compatibles); sino que se arrastra por los suelos, entregado a la holganza, la prosa y la miseria. Hace falta despertar en las nuevas generaciones a la vez horizontes nobles y espíritu de trabajo, para que sirvan de algo a su patria y al mundo, y para que aprendan a ganarse *honradamente* la vida: cosa aquí bastante ignorada y a la cual sustituye el parasitismo y el afán de las especulaciones dudosas y de la pesca *dans les eaux troubles*, o sea, «a río revuelto», que decimos nosotros.

Ahora bien, ésta es nuestra idea; ¿qué hacemos todavía para realizarla? Poco, muy poco, casi nada. ¿Por qué? Porque no sabemos, ni es fácil aprender en mucho tiempo cosas de [las] que hasta ahora quizás nadie se ha ocupado en España. Nuestro deseo es ver si podemos entregar a la sociedad cada año algunos hombres honrados, de instintos nobles, cultos, instruidos hasta no serles extraño ningún elemento ni problema fundamental de la vida, laboriosos, varoniles de alma y cuerpo, y capaces de atender a sus necesidades materiales por medio de una profesión verdaderamente honrosa y libre, es decir, correspondiente a sus aptitudes diversas y elegida con verdadera vocación. Para

esto hace falta estudiar y aprender muchas cosas; pero también mucho juego corporal y gimnástico, mucho taller, mucho aire libre, mucho aprendizaje de la sociedad y sus resortes, mucho movimiento, poco libro y mucho jabón y agua, elementos estos últimos que, con razón decía Liebig, son el termómetro de la civilización en un pueblo. De todo ello hacemos poco, y en casos dados, nada; pero nuestro firme propósito es luchar con los demás y con nosotros mismos hasta hacer el máximo posible.

Para esto, créanlo ustedes, tanto se necesita de la estética, como de la economía; de la historia natural, como del baño diario; de las buenas maneras, como de la filosofía; de la literatura, como de las 3 R<sup>s</sup>:<sup>2</sup> *reading* es en la Institución una de las cosas que mejor y más pronto se aprenden; *writing* se aprende pronto, pero mal;<sup>3</sup> y *arithmetic*, muy bien y muy despacio por medio del cálculo con objetos, del cual no tienen ustedes razón en desconfiar, porque sus resultados son *excelentes*. El derecho, la industria, la agricultura, la sociología... a todo deseamos atender, pero de una manera práctica, harto difícil hoy con nuestros medios —muy especialmente nuestra escasez de personal, el obstáculo más serio de todos, porque en nuestra sociedad es mucho más fácil encontrar hombres de gran talento y competencia, que profesores de menor saber y aparato, pero inspirados de un sentido e iniciados en un camino por el cual, no ya en la pobre España, sino en los más cultos pueblos de Europa, anda todavía muy poca gente.

1881

---

<sup>2</sup> Así se llama en Inglaterra a los tres elementos tradicionales de la escuela usual: leer, escribir y contar, por una errata célebre, que suponía comenzaban por R las tres palabras, reading (lectura), writing (escritura) y arithmetic (aritmética).

<sup>3</sup> Gracias a Dios, hoy puede decirse de la escritura lo mismo que de la lectura: los frutos son admirables. El progreso general de la Institución es ya incuestionable en punto a firmeza, seguridad y éxito.

## La enseñanza confesional y la escuela

### I

Entre las varias consideraciones con que se defiende la enseñanza confesional —esto es, de las religiones positivas— en la escuela primaria hay una de que conviene tomar nota para rectificarla. Sus partidarios alegan que sin espíritu religioso, sin levantar el alma del niño al presentimiento siquiera de un orden universal de las cosas, de un supremo ideal de la vida, de un primer principio y nexo fundamental de los seres, la educación está incompleta, seca, desvirtuada, y en vano pretenderá desenvolver íntegramente todas las facultades del niño e iniciarlo en todas las esferas de la realidad y del pensamiento.

Esto, a nuestro ver, es indiscutible. Años ha que un insigne filósofo español, tenido, sin embargo, por impío (como todo filósofo seglar en su tiempo), Sanz del Río, lo proclamaba en un memorable discurso cuyas páginas dan el más admirable testimonio de la concertada alianza entre la religión y la ciencia.

Lo que falta probar es que la elevación de las almas por cima del horizonte visible, la formación del sentido religioso en el niño, requiere el auxilio de los dogmas particulares de una teología histórica, por sabia y respetable que sea, en vez de una dirección amplia y verdaderamente universal, atenta sólo a despertar en aquél esa *quaedam perennis religio*, ese elemento común que hay en el fondo de todas las confesiones positivas, como, en otro orden, lo hay en el de todos los sistemas filosóficos y en el de todos los partidos políticos, por divergentes y aun hostiles que entre sí parezcan. El mismo ateo —es decir, el ateo que piensa y se quiere llamar tal, no el ateo práctico, instintivo y conser-

vador, que diríamos, y al cual se le importa un ardite de todos estos problemas, aparentando a veces por conveniencia creer lo mismo que desprecia en sus adentros— entra a su modo en esa comunión universal, mejor quizá que muchos pseudorreligiosos, pues ya dijo una autoridad inspirada: «¡Cuántos están en la Iglesia visible sin estar en la Iglesia invisible, y al contrario!».

Precisamente, si hay una educación religiosa que deba darse en la escuela es ésta de la tolerancia positiva, no escéptica e indiferente, de la simpatía hacia todos los cultos y creencias, considerados cual formas ya rudimentarias, ya superiores y aun sublimes, como el cristianismo, pero encaminadas todas a satisfacer sin duda en muy diverso grado —en el que a cada cual de ellas es posible—, según su cultura y demás condiciones, una tendencia inmortal del espíritu humano.

Sobre esa base fundamental, unitaria y común, la más firme para toda edificación subsiguiente, sobre ese respeto y esa simpatía, venga luego a su hora para los fieles de cada confesión la enseñanza y la práctica de su culto, confiadas a la dirección de la familia y del sacerdote, y consagradas en el hogar y el templo, donde podrán haber ya diferencias que en la escuela son prematuras, sin otro fundamento que influjos subjetivos y sirven de frecuente estímulo para odiosas pasiones.

Aun entonces allí esa enseñanza debe realizar, entre otras, dos condiciones esenciales: la primera, inspirarse, en medio de su particularidad, de un espíritu de reverencia y tolerancia; y la segunda, procurar a toda costa hacerse accesible al educando, en vez de limitarse a que repita fórmulas abstractas, dogmas enigmáticos para él y oraciones ininteligibles, cuyo mecanismo, impotente para despertar en su alma el sentido de las cosas divinas, ni el de las humanas, ni ninguno, le deja, en realidad, huérfano de toda verdadera educación religiosa.

Por lo dicho se comprende, sin gran dificultad, que no sólo debe excluirse la enseñanza confesional o dogmática de las escuelas del Estado, sino aun de las privadas, con una diferencia muy natural, a saber: que de aquéllas ha de alejarla la ley; de éstas, el buen sentido de sus fundadores y maestros. Así es que la práctica usual en muchas naciones de Europa, y en general, donde existe una religión oficial, incluso entre nosotros, de establecer escuelas particulares para los niños de los cultos disidentes, católico, protestante, hebreo, etc., ha producido y producirá siempre los más desastrosos resultados, dividiendo a los niños, que luego han de ser hombres, en castas incomunicadas ya desde la cuna.

La escuela privada o pública debe ser, no ya campo neutral, sino maestra universal de paz, de mutuo respeto, más aún, de amor, y despertar doquiera este espíritu humano desde los primeros albores de la vida. «Cuando se habla de Dios se puede hacer con elevación, sin herir la conciencia de nadie; la atmósfera de la escuela es religiosa para todos cuando está impregnada de buen sentido y de honradez», ha dicho uno de los fundadores de la admirable Escuela Modelo de Bruselas<sup>1</sup>.

Por esto también debe censurarse la manera como en ciertos pueblos, señaladamente en Bélgica y en Francia, han planteado la cuestión muchos defensores de la neutralidad confesional de la escuela, es decir, en nombre del llamado «libre examen» racionalista y en abierta hostilidad a una religión positiva, o a todas. Así es como la denominación de enseñanza laica ha venido a ser en muchas ocasiones bandera agresiva de un partido, muy respetable sin duda, pero que en vez de servir a la libertad, a la tolerancia, a la paz de las conciencias y de las sociedades, sirve en esos casos para todo lo contrario.

---

<sup>1</sup> Discurso de M. Temples en la inauguración de la Escuela Modelo, el 17 de octubre de 1875.

Recuérdense los discursos de Paul Bert o de Spuller, o del mismo M. Ferry (hoy,<sup>2</sup> por señas, en camino de mayor templanza), cuando la célebre cuestión de las congregaciones. Su espíritu, que informa, por desgracia, todavía a una masa importantísima de los partidos liberales, corresponde a uno de los más graves vicios de la concepción reinante en nuestro tiempo. El movimiento emancipador que desde el siglo xvi, sobre todo, ha venido secularizando, por decirlo así, y consagrando la independencia del Estado, de la moral, de la ciencia, de la industria, de todos los órdenes humanos, ha excedido su fin en la historia y declinado en un como ateísmo, que sólo quiere oír hablar de la vida presente y de los intereses terrenos.

Conforme a este sentido, mucha parte de los defensores de la llamada «enseñanza laica» no lo son por razones jurídicas, ni por las exigencias de una educación verdaderamente racional, sino por combatir el influjo del clero católico o protestante, griego, etc., y fundar una supuesta educación «anticlerical, racionalista y republicana, etc.». Olvidando que el mismo derecho que tiene la nación a que no se perturbe con preocupaciones e intolerancias la conciencia del niño, lo puede invocar exactamente lo mismo frente a frente del fanatismo anticatólico que del ultramontanismo o de la high church, o del Sínodo ruso; contra los partidos políticos, como contra los religiosos. Unos y otros ponen en peligro, profanan, más bien, la escuela y convierten la educación en obra exclusiva militante y sectaria.

1882

---

<sup>2</sup> Téngase presente la fecha de este artículo: la separación de la Iglesia y el Estado ha colocado la cuestión en otros términos.

## Grupos escolares: la escuela mixta

### III

En cuanto al apartamiento entre las escuelas de niños y niñas, es un caso particular del problema de la unión o separación de los sexos en los diversos grados de la enseñanza. En este problema dos soluciones pueden adoptarse. Consiste una en crear escuelas de todas clases, incluso universitarias, para cada sexo, manteniéndolos así apartados en todo el proceso de su educación. De esta manera obran, por ejemplo, Francia y Suiza en la segunda enseñanza, Rusia en la medicina, etc. El otro sistema, por el contrario, aspira a mantenerlos unidos, no ya en las mismas instituciones, sino en las mismas clases y aun en los mismos bancos, indistintamente: que son los tres grados de reunión que suelen admitirse.<sup>1</sup> Es el principio romano en la Antigüedad, el americano de hoy y el que en realidad se practica, si bien a título de excepción, en nuestro propio país, cuando se ha autorizado la asistencia de mujeres a institutos y facultades erigidos para el sexo masculino.

Conviene declarar, sin embargo, que, sea cualquiera el punto de donde los defensores de la separación quieran hacerla partir, todos se someten al sistema opuesto, o sea, el de la unión en las escuelas de párvulos, cuyas primeras secciones, a lo menos, nadie pretende dejen de ser mixtas.

---

<sup>1</sup> Admirable ejemplo de escuela mixta da la Mercantil de Palma de Mallorca, excelente institución privada, que se inspira en los más fecundos principios de la nueva pedagogía, y a la cual envío desde este sitio un fraternal saludo. Véase su Boletín y el discurso de su director, señor Roselló, en el Congreso Nacional Pedagógico de 1882.

Racionalmente pensando, no hay motivo alguno para adoptar otro principio que este mismo en todas aquellas escuelas, llámense primarias o superiores, donde se promueva la cultura general humana, común a entrambos sexos, o la de aquellas profesiones particulares —v. gr., la pintura, la medicina, etcétera— a que pueden por igual uno y otro consagrarse. La división no puede admitirse sino en dos casos: a) cuando se trata de especialidades peculiarísimas a uno u otro sexo, o b) cuando, después de haber prevalecido este sistema en un pueblo, su estado de atraso hace necesario conservarlo todavía, aunque sólo de una manera transitoria, y procurando ir sustituyéndolo gradualmente por el mixto, hacia el cual parece que gravita la civilización por todas partes. Fácil es, en lo tanto, advertir que el procedimiento de ir elevando el nivel de la educación femenina en centros especiales al efecto, como se viene haciendo en Francia desde M. Duruy, en orden a la segunda enseñanza, es abiertamente contrario a la tendencia en que debe inspirarse toda reforma fundamental en este punto.

El verdadero camino es muy diferente. Puesto que la escuela mixta no puede adoptarse en condiciones favorables sino acostumbrando desde el principio a su idea y a su práctica a los alumnos, a los maestros, a las familias y la opinión general, ningún medio hay más sencillo que el de partir del estado presente en la escuela de párvulos, extendiéndolo desde ella a todos los grados superiores. Aumentando en toda escuela de esta clase una sección preparatoria, primero; luego, otra elemental, y otra y otra, hasta llegar a la enseñanza superior, y manteniendo la reunión en todos estos círculos, se obtendrá con la lentitud y firmeza necesarias la base indispensable para ir desenvolviendo en igual forma el régimen mixto en los restantes, hasta los más complejos y elevados, sin perjuicio de los trabajos especiales que en algunos de ellos requiera la educación de cada sexo, siempre sobre la base de una educación general común. En esto,

como en todo, la escuela de párvulos, muy en particular desde Fröbel, contiene el germen vivo de todos los progresos y debe dar la norma para realizarlos.

1884

## A propósito de Aristóteles y los ejercicios corporales

A parte del sentido de moderación y justo medio, característico de Aristóteles, ¿qué se desprende de estos diversos pasajes? Ante todo, que la educación corporal es tan importante para el ciudadano como cualquiera otra rama de educación; después, que el fin a que se dirige respecto de aquél es completamente distinto de lo que se pide al esclavo.

En efecto: la utilidad corporal de éste, como instrumento, es análoga a la del animal (lib. I, cap. II), con el cual tantas veces lo compara. Es decir, está en razón directa de su fuerza bruta o motriz, de los kilogrametros (usando la expresión actual) que mide: ya que se halla destinada a realizar todos aquellos trabajos penosos, puramente materiales (¿los hay?), impropios de la condición del ciudadano.

Las cualidades, por el contrario, que aquella educación debe procurar al cuerpo de éste, tienen un carácter totalmente diverso. La belleza, la salud, la agilidad, la destreza, por una parte; el valor guerrero, la resistencia a la fatiga, a la contrariedad, a la lucha, por otra; es decir, cualidades todas que llamaríamos de un orden ideal, principalmente psicofísicas, e imposibles en todo caso de medir por unidades materiales. Así, el cuerpo del esclavo, hecho para prestar el mayor servicio posible en las ocupaciones rudas y fuertes, conviene que posea el mayor poder muscular posible también; el del hombre libre, aunque, en caso necesario sus maestros del gimnasio deben ser capaces de desarrollar en él todo el vigor de un atleta (lib. VI, cap. I, pág. 183), se ha de dirigir hacia otros objetos: en general, a dotarlo de aquellas cualidades con que puede servir mejor a los fines superiores del espíritu y del organismo social.

La primacía de estos fines es incuestionable en Aristóteles. A excepción de la belleza y la salud, ninguna de las demás cualidades que pide a la educación corporal tiene valor alguno por el cuerpo mismo, sino como medio para aquellos otros intereses a que, en vez de estorbar, darán de esta suerte más fiel cumplimiento. Y aun aquellas dos mismas cualidades, que logran en sí valor real e independiente, no es por este valor por lo que le importan, sino por lo que contribuyen a dichos fines: la salud, manteniendo el equilibrio normal de las fuerzas y poniéndolas así a disposición del espíritu; la belleza, para el recreo y goce noble de éste.

Semejante concepción es, por lo demás, característica del pueblo griego, que, a pesar de su sentido armónico de la vida, nunca negó la primacía de los fines espirituales, considerando siempre al cuerpo como instrumento para su servicio. Salvo dicha preocupación (tan disculpable, cuanto que aún no ha salido la humanidad de ella, y que se explica por principios históricos, imposibles de discutir ahora), puede advertirse que esta excelente manera psicofísica de considerar el filósofo, como en general la nación helénica, el valor de los juegos corporales, está bastante acorde con la del único pueblo moderno de Europa que tiene a honor haber hecho de estos juegos un asunto serio de la educación y de la vida, y una verdadera institución nacional. Ya se comprende que este pueblo es Inglaterra. Su sentido se advierte, por ejemplo, en el libro que a dichos ejercicios y a su importancia en la educación ha consagrado últimamente Mr. Warre<sup>1</sup>, distinguiéndolos de los trabajos del atleta de profesión, de los cuales para nada tiene que ocuparse.

---

<sup>1</sup> Athletics, Londres, 1884. El reverendo Mr. Warre es nada menos que el director (head-master) de la célebre escuela de Eton, a cuya jefatura acaba de ser llamado, entre otras razones, por su grande autoridad en esta clase de ejercicios.

Por el contrario, el modo usual de entender la gimnasia el continente —no ya Alemania, ni Francia, sino aun la misma Suecia— es muy inferior a la idea británica del juego. Sin duda, los ejercicios gimnásticos (aun los que se hacen sin aparatos, como deben hacerse hasta la pubertad, salvo en casos especiales y principalmente patológicos) educan también al espíritu; v. gr., en la atención, la paciencia, el dominio de nosotros mismos, etc.; sobre todo, cuando se dirigen con esta intención psicofísica, poco frecuente por desgracia entre los gimnastas. Pero su carácter abstracto y rigorista jamás puede interesar al niño, o aun al hombre, tan profunda y armoniosamente, ni excitar las fuerzas libres, la actividad creadora y dramática de la vida, y el consiguiente goce estético de la sensación y de la fantasía, como lo logra el juego corporal; en particular, si se pone en él la misma intensidad, arte y cuidado que, en otra esfera análoga de la imaginación, pone, por ejemplo, el jugador de ajedrez<sup>2</sup>. Además, el ejercicio gimnástico suele ser el mismo, poco más o menos, para todo un grupo de educandos, admitiendo muy corta flexibilidad para adaptarse a la medida enteramente individual de cada uno de ellos (por ejemplo, levantar un peso dado, saltar una distancia determinada, etc.); mientras que, en el juego, cada cual puede proporcionar su participación a sus fuerzas, con sólo una condición: que ponga en ello el interés y la energía debidos. Sin ella, el ejercicio gimnástico, por lo mismo que es rígido e impuesto, consigue con más seguri-

---

<sup>2</sup> Sobre el valor del juego, véanse las consideraciones del señor Coelho en sus Elementos tradicionales de la educación (BILE, núms. 183 y 187), así como el artículo que cita de M. F. Pécaut (Revue Pédagogique del 15 de noviembre de 1882), cuyas observaciones, como las de M. Guillaume (Revue de Belgique del 15 de abril de 1883), son más aplicables todavía a nuestras reformas que a las de sus respectivos países. También debe recomendarse el estudio del señor Alcántara García: Las teorías modernas acerca de la educación física de los niños, en el número de la Revista de España del 25 de noviembre último, y el t. v (De la educación física) de su Teoría y práctica de la educación, 1885.

dad el fin mecánico del desarrollo muscular. Es decir, que el juego no puede alcanzar toda su incomparable eficacia, sino en caracteres varoniles, capaces de gobernarse por sí propios: es verdaderamente cosa para hombres libres.

En nuestro país, los hombres adultos, sobre todo de las clases acomodadas, no juegan; los niños, poco menos; y unos y otros, mal. El excelente juego de pelota de los vasco-navarros, propio de ambas vertientes del Pirineo occidental, es el que tiene aún por fortuna más vitalidad de todos nuestros juegos corporales, tal vez a causa de la tenacidad conservadora de la raza. Aun así, hay quien piensa que va decayendo lentamente, cosa que, por otra parte, nada tendría de extraño: porque, cuando un juego deja de ocupar a todas las clases de la nación y queda confiado a las menos cultas tan sólo, bien puede asegurarse que agoniza. Por esta razón quizá, donde más en vigor se conserva es en Navarra, cuyas distintas clases continúan interesándose y mezclándose en él. Aunque las formas de *sport*, con que una parte de nuestra sociedad elegante pretende hoy sustituir éstos y otros ejercicios, sean por lo común tan superficiales, y algunas tan contraproducentes para el desarrollo del vigor varonil y de la cultura nacional, debe aplaudirse al menos este movimiento: más vale poco y malo que nada.<sup>3</sup>

1884

---

<sup>3</sup> Lo peor del caso es cuando, con la mejor intención, pero cediendo tal vez a preocupaciones políticas o sociales, se censuran y aun ridiculizan precisamente (como hizo no ha mucho un crítico) ciertos juegos como el de «Las liebres», introducido en La Granja, según parece, este verano, y que hace años se practica en el monte del Pardo por la Institución (una vez por semana las secciones superiores), con un interés y un resultado en todos sentidos excelente. No es en contra de esta clase de juegos, en verdad, ni en pro del restablecimiento de la cetrería (!) en lo que hay que emplear las fuerzas, sino contra las patrióticas corridas de toros, el tiro de pichón, etc., etc.

## Bases para una reforma universitaria de hace ya medio siglo<sup>1</sup>

Mi querido amigo:

Diga usted de mí lo que quiera por mi tardanza en contestar a su grata del 10 del pasado, pero no que no me interesó muchísimo, y he estado todos los días pensando en contestarle. Pero a mí —y creo que esto debe también pasar a mucha gente— me ocurre que procuro ser lo más cortés posible para

---

<sup>1</sup>Esto es lo que sustancialmente contiene la carta inédita de don Francisco Giner que a continuación se publica. Leyóse el último 18 de febrero en la reunión íntima que todos los años celebran algunos amigos y discípulos de la Institución para conmemorar el aniversario de la muerte del maestro. La fecha está incompleta, pero se sabe de cierto que se escribió en 1884. Dentro, pues, de un año hará medio siglo. Giner, que sólo había salido fuera de España a Portugal, iba a conocer entonces por primera vez Francia, Inglaterra y Bélgica. La carta nos dice cuál era ya la formación pedagógica de su espíritu; qué ideas alimentaba; qué orientaciones perseguía para la reforma de la educación y de la enseñanza; y lo dice justamente en el momento mismo de pasar la frontera.

Posada, que había obtenido el año anterior su cátedra en la Universidad de Oviedo, hubo de consultarle sobre el discurso de apertura, que le correspondía pronunciar en aquel curso, y Giner, al contestarle, traza a vuela pluma y sin pretensiones un plan de bases para la reforma universitaria, que a todas luces había ya con precisión madurado en su espíritu, donde en adelante arraigó con más fuerza.

La lectura de esta carta de Giner siempre serviría al menos para representarse el profundo interés que habrá de despertar en su día, cuando vaya saliendo a luz todo el epistolario. Pero considerando la fecha en que aquélla se escribió, es probable que sirva además de piedra de toque para que los lectores puedan diferenciarse: los optimistas, que se regocijan pensando que casi todo aquello que Giner anhelaba está ya hecho o en vías de hacerse, y los pesimistas, que se quejan amargamente de que estamos aún muy lejos de verlo cumplido; pero nadie dejará de reconocer que la carta es un documento precioso para la historia de nuestra reforma pedagógica.

Adolfo Posada.

responder a las cartas de mera cortesía, o que encargan o piden algo que puede decirse en el acto; pero no hallo casi nunca tiempo para las cartas largas. Ahora bien, como la de usted pedía una respuesta de esta clase, he ido esperando, esperando, hasta que hoy ya tomo la pluma, decidido a escribir corto, pues que otra cosa no cabe, como usted comprenderá, yendo de viaje.

Con efecto, Cossío y yo estamos aquí el día de hoy, en casa de los suegros de Azcárate (los señores de Innerarity), de paso para Londres, adonde nos hemos decidido a ir para asistir al Congreso de Educación, del 4 al 9 de agosto. Si allí veo u oigo algo que pueda crear útil para usted, se lo escribiré; y si ustedes desean preguntar o encargar algo, pueden dirigir sus cartas por ahora (pues no sé aún adónde pararemos) suplicadas al señor Gayangos, 38, Queen Square, Bloomsbury, W.C., London. Allí pensamos estar hasta el 15 de agosto. Luego, veremos qué hacemos.

En cuanto a lo que dice usted sobre la inutilidad de los exámenes, me parece todavía poco. No son tan sólo una inutilidad y una ocasión de intrigas, sino uno de los mayores cánceres de nuestra organización universitaria, quizá el mayor y más grande de todos. Tienen completamente falseado el punto de vista de la enseñanza en el legislador, el maestro, el discípulo, la familia y la sociedad entera, todos los cuales no van tras de que el alumno se haga hombre y sea y valga todo lo más posible, incluso para ganarse la vida con las mayores facilidades, sino tras de tomar el título y luego ver de dedicarse a lo demás, con mayor o menor formalidad, una vez cumplido aquel vano requisito exterior. La supresión de los exámenes se impone más y más cada día, y sustituirá con ventaja a esta supuesta prueba anormal, extraordinaria, momentánea e improvisada en los últimos meses del curso (en Valencia, por ejemplo, ¡¡llegan hasta a suspender las clases el último mes, para que los alumnos se preparen!!), la prueba diaria y continua que todo profesor debe hacer del estado de sus dis-

cíbulos, declarando luego, como resumen de este juicio maduro, si están o no en aptitud para pasar a otros años, grados o secciones. La fiscalización ilusoria (o perjudicial a la severidad y justicia de las pruebas actuales) del profesor por otros compañeros es además depresiva y ridícula.

En Alemania, desgraciadamente, hay también exámenes —aunque, por fortuna, no de asignatura por asignatura, como entre nosotros, para luego repetir las todas en el grado—; pero como allí no dan los grados académicos derecho alguno, salvo para enseñar, y los graduados de las distintas profesiones reglamentadas (v. gr., abogados, médicos, etcétera) tienen que someterse a un examen o concurso posterior ante Comisiones del Estado (*Staatsprüfung*), la universidad no tiene viciada su enseñanza, ni se reduce a una oficina de preparación mecánica para los exámenes, como nuestras academias preparatorias (¡terribles!) para las carreras especiales, sino que son centros, ya de investigación, ya de enseñanza científica, libre, seria, donde se procura que las gentes sepan y, sobre todo, se formen para el estudio luego del pormenor mecánico, que necesita el que ha de ir un día ante la *Staatscommission*.

Esto pide la reducción del número de alumnos. En opinión de profesores tan tímidos y conservadores como Silvela (así lo pidió en las juntas para responder a la consulta de Albareda), debe suprimirse el examen hoy, aunque no se hiciese la reducción; pero como la reducción se impone como remedio a una verdadera vergüenza y engaño que hoy comete el Estado, porque no es posible dar enseñanza real y formal a 400 alumnos y más, y todo es una pura comedia, aunque revestida de las altisonantes fórmulas al uso, de todos modos y por tan varios caminos, sería menester venir a parar a esa reducción. Si no es posible aumentar el número de profesores, para que éstos tengan un máximo de 40 o 50 alumnos (si acaso), límitese la matrícula, lo cual no es nuevo entre nosotros. Nadie encuentra extraño que se haga en las escuelas de

ingenieros, en cierta manera, o en las clases del Conservatorio de Artes, donde no se admiten más alumnos que plazas hay para dibujar o modelar. Y, sin embargo, en clases de Mineralogía, de Química, de Botánica, etcétera, se admiten 500 y más, ¡que deben ver los ejemplares o los experimentos desde lejos con auxilio de un telescopio! Pero como nuestra enseñanza es una farsa; como se reduce a uno de estos dos sistemas: preguntar la lección señalada de antemano en el libro (sistema antiguo) o echar discursos (sistema moderno, del que me acuso y he enmendado por mi parte), nada importa tener centenares de alumnos. Éstos, en efecto, si las cátedras de universidad tuviesen la misión de dar conferencias públicas (que es tras de lo que anda la legislación vigente, bajo el influjo de la retórica francesa), se comprende que importase poco el número del auditorio, así como que estén abiertas siempre a todo el que llegue; pero si su oficio es otro, ambas cosas, y muchas más, sobran sin duda.

No puedo entrar en pormenores, y aun me he extendido demasiado en este punto de los exámenes. Otros me parecen de no menor importancia en cuanto a la organización pedagógica de nuestros estudios de Derecho. Pero voy a limitarme a indicar sumariamente algunos de los principales, según entendemos en la Institución estas cosas. Azcárate, además, que estaba aquí hace un instante, es de nuestra opinión en esto.

A nuestro ver, los males de la Facultad de Derecho, en el respecto bajo el que usted quiere estudiar su situación y su reforma, son principalmente, además de los exámenes:

1.º Falta de solidez y de carácter personal, práctico, intuitivo, etc., v. gr., bajo la preocupación de que esta manera de trabajar corresponde sólo a las ciencias de la naturaleza. En las clases de Derecho no se trabaja sobre los textos; v. gr., en el Derecho Romano, nadie se ocupa de inscripciones, monedas, etc., sin lo cual no hay más Derecho Romano que el de los manuales; verdad

es que dudo mucho haya tres romanistas en España que sepan latín, cuanto menos arqueología y literatura latinas; en el Derecho Penal, no se asiste a vistas públicas, ni se estudian las causas célebres, ni se visita jamás (como se hace en Italia) una prisión, ni un manicomio, ni se habla con los delincuentes, y se desprecia todo lo que es psicológico y práctico, para tratar el Derecho Penal a la antigua, como una abstracción, sin relación con la vida real y positiva; en el Derecho Civil y Procesal, no se va tampoco a los tribunales, para luego discutir los informes, la sentencia, etc., contentándose con la ridiculez de *inventar* pleitos fingidos con que dar pasto a la sofistería y a la retórica; en el Político, ni las Cámaras, los periódicos, etc. En suma, ya usted comprende sobradamente todo esto a dónde puede ir a parar.

2.º Falta de profundidad científica: en lugar de investigaciones o de indicaciones para trabajo personal de los alumnos, en que puedan formar su espíritu jurídico y científico, se les entretiene con cuatro superficialidades. Ni es posible otra cosa cuando el profesor tiene que enseñar toda su asignatura, lo cual es excelente en la segunda enseñanza, pero en la superior no hace falta siquiera para el examen: un manual basta para responder bastante bien; lo que nunca puede hacer un manual, ni un libro profundo, es discutir, desvanecer dudas, plantear cuestiones, abrir, y formar, y educar el espíritu. Todo lo cual pide dos cosas, sobre todo: a) tiempo; b) diálogo familiar y continuo.

3.º Falta de enseñanza cíclica; en vez de ir *despachando* asignaturas, una a una, se necesita llevarlas todas de frente, comenzando por poco desarrollo y diferenciando gradualmente las diversas esferas del Derecho.

4.º Falta de cultura general. Hay doctor en Derecho que no sabe quién era Alarico, ni tiene clara idea de si Justiniano es anterior o posterior a Constantino, si vivía en Roma, etc. Latín, ética, antropología, sociología... todo esto es música, y hasta el francés es lujo en los más de los doctores; hablo por triste experiencia.

5.º Falta de carácter educativo, así en general (maneras groseras, hábitos de holgazanería, turbulencias, descompostura, espíritu anticientífico, *et sic de coeteris...*) como moral (escepticismo y ateísmo práctico; inmoralidad en costumbres y espíritu general; burla de toda cosa noble, o nueva, o seria, y amor a la apariencia y charlatanería...); y no digamos falta de educación y espíritu verdaderamente jurídico.

A este tenor, sería el cuento de nunca acabar. Pero, en el fondo, todo sería variaciones sobre el mismo tema. No tengo tiempo para más.

Adiós, querido amigo: espero con afán su discurso. Hay que caminar en esto siempre con la siguiente ley: mientras más alto pongamos el ideal, más carácter práctico y términos de solución hay que dar a las gentes al uso. ¡Y cuándo pienso que muchas de estas cosas podrían hacerlas ustedes ahí...! ¿Sería Oviedo la universidad modelo un día?

A los queridos amigos Alas, Buylla, Aramburo, Prida, etc., etc., mis cariñosos recuerdos. Recíbalos también de Azcárate y Cossío, y con mil afectos para su padre, un abrazo de su buen amigo y compañero.

Giner

Hendaya, 25 de julio [de 1884]

## Grados naturales de la educación

**D**os momentos parece que desde luego se distinguen en la educación, como se distinguen en la vida por lo que respecta a sus fines y al ejercicio de nuestra actividad en ellos.

En el primero, se forma el hombre, como hombre, en la integridad de sus varias fuerzas, para ser y vivir en la unidad de su actividad, destino y relaciones. Esta obra no tiene límite definido alguno, no se reduce a un período determinado de la vida, sino que comienza con ésta y dura tanto como ella dura. Salvo un accidente (por ejemplo, una perturbación mental), el hombre está siempre recibiendo nuevas impresiones, que excitan en él nuevas representaciones, sentimientos, reacciones de todas clases, y que a la vez educan su energía y aumentan sin cesar así el contenido actual de su conciencia como la forma en que este contenido se entreteje con sus antecedentes.

Pero, sobre esta evolución general, se desenvuelve y va con ella en su espíritu, en mutua solidaridad, una orientación determinada, una vocación principal hacia un lado y fin particular de la vida. Subjetivamente, esta orientación depende, a lo menos en parte, de su constitución natural; socialmente, del medio, sus condiciones y su acción sobre él. El ejercicio habitual de este fin en su producción objetiva forma su profesión. Tampoco nuestra educación para ésta acaba, en rigor, en un momento dado. El abogado, el sacerdote, el maquinista, el labrador, el músico, el botánico, el artesano, el comerciante, el artista, el político van acrecentando cada día, con la experiencia de sus respectivos oficios, su dominio y habilidad en ellos: *semper discentes, nunquam pervenientes*. La vida entera es un continuo aprendizaje.

Tenemos, pues, que distinguir en ésta y en la educación dos órdenes: uno general, en que el hombre ejercita más o menos concertadamente todas sus facultades capitales; otro especial, en que, según la tendencia peculiar predominante en cada individuo, coopera éste a alguna de las diversas obras que constituyen el sistema de los fines humanos. Ambos órdenes de la actividad son, por igual, indispensables. Si el último corresponde a su vocación interior y nos hace órganos útiles en la división del trabajo social (pues el hombre sin profesión<sup>1</sup>, por culto, inteligente, bueno y honrado que sea, *rico o pobre*, debe considerarse como un parásito), a su vez, la educación general, que mal o bien se nos impone, nos interesa en todos los restantes órdenes, fines, obras, extraños a nuestra profesión; mantiene el espíritu abierto a una comunión universal y le impide desentenderse de ella y atrofiarse, cerrándose en la rutina del oficio, en la cual, sin ello, inevitablemente cae, aunque este oficio sea el del sacerdote, el poeta o el filósofo. Ambos órdenes de educación se ayudan entre sí, debiendo progresar uno con otro y mediante otro; no en razón inversa, como suele a veces pensarse. Y en ambos, según queda dicho, nos educamos indefinidamente, en diversos grados, más o menos diferenciados en su continuidad y que sólo relativamente dividimos.

Otra tercera dirección, aparte de estas dos —a saber, el aprendizaje de la vida general humana y el de nuestro particular oficio en ella—, ni la hallamos en la experiencia, ni especulativamente podemos deducirla.

---

<sup>1</sup> El concepto de este parasitismo, que revela nuestra definición popular del vago: «hombre sin oficio ni beneficio», esto es, sin «modo (material) de vivir», sea del trabajo profesional, sea de otros bienes independientes de éste, es doblemente incompleto; pues el que trabaja gratuitamente tiene «oficio»; y el que no trabaja, el que no tiene oficio, es un parásito, tenga o no «beneficio» (rentas).

Ciñéndonos a la primera, también parece evidente que las llamadas enseñanza primaria y secundaria corresponden a un mismo proceso, del que, a lo sumo, constituyen dos grados, bastante difíciles de distinguir, enlazados solidariamente, merced a la identidad de su fin común, inspirados de un mismo sentido y dirigidos según unos mismos programas, una misma organización y unos mismos métodos. No hay entre ellos otras diferencias que las que en el desarrollo de estos elementos exige la evolución natural del educando y sus facultades, cuya suave continuidad va cada vez pidiendo nuevas condiciones en aquella aplicación. Pues, si tomamos como punto de partida para la segunda enseñanza la crisis normal de la pubertad, lo que precisamente exige esta crisis no es una nueva orientación, ni otros principios, sino —al menos, según lo que parece hoy más admitido— una atenuación en la intensidad del trabajo escolar, exigencia que no basta para formar un tipo de instituciones pedagógicas diferente del de las primarias.

FILOSOFÍA,  
PENSAMIENTO,  
CIENCIAS  
SOCIALES



## Paisaje

### I

Todo el mundo sabe lo que es un paisaje; y sin embargo, ¡qué concepto más complejo encierra esta palabra! A primera vista, quien dice «paisaje» parece decir «campo»; pero el desierto dista mucho de ser campo y nadie negará que es paisaje. Además, si por campo se entiende una comarca con vegetación, donde la vida del animal y la planta prepondera sobre la del hombre, por oposición a la ciudad, donde acontece lo contrario, en el paisaje, concepto mucho más comprensivo, pueden entrar, no sólo los caseríos y los pequeños grupos de población rural diseminada, sino las ciudades mismas, por grandes que sean, a condición de avenirse a no representar más que uno de tantos accidentes, de subordinarse a la naturaleza —por decirlo así— deshabitada, merezca o no el nombre de campo. De esta suerte es como, al par de los elementos puramente espontáneos, contribuyen también y enriquecen al paisaje otros (casas, caminos, tierras cultivadas, etc.) que son obra ya del arte humano, y hasta el hombre mismo, cuya presencia anima con una nueva nota de interés el cuadro entero de la naturaleza.

Por esto podría decirse en algún modo que la pintura de paisaje es el más sintético, cabal y comprensivo de todos los géneros de la pintura. Pero, si dejamos a un lado el antiguo paisaje llamado «histórico», donde se representan a un tiempo, equilibrando su interés, perspectivas campestres y escenas de la vida social, en el paisaje puro y sin aditamentos, la figura humana no entra sino como un ser físico, como una forma, como una nota de claroscuro o de color, aunque siempre ofrezca a nuestros ojos cierto valor ideal de un tipo, de una

clase, de un género de vida determinado, verbigracia, aldeanos, caminantes, cazadores, pastores, artistas.

En su más rigurosa acepción, el paisaje es la perspectiva de una comarca natural; como la pintura de paisaje es la representación de esa perspectiva. A poco, sin embargo, que se reflexione sobre los diversos elementos en que cabe descomponer el goce que sentimos al hallarnos en medio del campo, al aire libre, verdaderamente libre (que no lo es nunca el de las ciudades), se advierte que este goce no es sólo de la vista, sino que toman parte en él todos nuestros sentidos. La temperatura del ambiente; la presión del aura primaveral sobre el rostro; el olor de las plantas y flores; los ruidos del agua, las hojas y los pájaros; el sentimiento y consciencia de la agilidad de nuestros músculos; el bienestar que equilibra las fuerzas todas de nuestro ser, y hasta el sabor de las frutas, por prosaico que parecer pudiera a la sensiblería de una estética afectada y romántica... todo, ya más, ya menos, contribuye a producir en nosotros ese estado y a preparar el segundo momento, el momento ideal, de las representaciones libres, que extiende nuestro goce más allá del horizonte del sentido.

Aun reduciendo el paisaje a una perspectiva, y su percepción a la mera contemplación visual, es incalculable el mundo de factores que intervienen para constituirlo: tantos como fuerzas, seres y productos despliega la naturaleza ante nuestros ojos: la tierra y el agua en sus formas; el mundo vegetal con sus tipos, figuras y colores; la atmósfera con sus celajes; el hombre con sus obras; los animales y hasta el cielo con sus astros y con el juego de tintas, luces y sombras que matizan diversamente el cuadro a cada hora del día y de la noche. Ahora bien, de todos estos elementos, hay uno en el que tal vez no siempre se repara bastante: el suelo. Sin duda que no hay quien desconozca el papel, por ejemplo, de las grandes montañas en el paisaje o del contraste entre el mar y la costa; pero a esto se reduce casi todo. Vischer mismo, que en su *Estética* tan

extraordinaria amplitud concede al estudio de la belleza en este orden, descuida, sin embargo —cosa explicable por sus ideas—, muchos puntos.

El suelo, la costra sólida del planeta, como elemento de paisaje, prescindiendo de las corrientes de agua y de la vegetación, ofrece por sí solo datos suficientes para constituir una que podría llamarse «estética geológica». El primero de éstos es la naturaleza de los materiales que lo forman. Así, por ejemplo, hay paisaje granítico, basáltico, de aluvión, etc. Todo el mundo, v. gr., distingue el pintoresco dentellado con que se recortan sobre el azul del cielo las Pedrizas del Manzanares en la vecina sierra Carpetana y el suave modelado de los cerros que rodean a Madrid. Aquéllas son de granito; éstas, de diluvio cuaternario. El granito, por su composición y estructura, presenta una cierta resistencia, así en cantidad como en dirección, a los agentes atmosféricos; merced a lo cual, no se deja destruir sino en cierto sentido, de donde nacen a su vez ciertas formas. Doquiera que aflora al descubierto, el agua, al resbalar sobre sus masas, las redondea, produciendo, en las pequeñas, esas superficies ásperas, rugosas, cubiertas de líquenes, que interrumpen la continuidad de la tierra vegetal; y en los grandes cantos, la configuración peculiar de las «piedras caballeras», monolitos a veces enormes y que en ocasiones oscilan como otros tantos monumentos megalíticos naturales; hasta que, la radiación del calor, que las dilató durante el día, las contrae por la noche, las hiende, las raja en mil grietas, que luego, al hincharse dentro de ellas el hielo, estallan, desprendiendo gigantescas esquirlas; y éstas, apiladas unas sobre otras, forman ese agudo dentellado de las cimas graníticas de nuestra cordillera: dentellado, sobre todo visible allí donde se entrelazan dos tipos de granito: uno más resistente, otro más quebradizo y más blando.

Por el contrario, la lenta sedimentación de los aluviones cuaternarios depositados en el valle de Madrid, con proceder exclusivamente de la trituración de los

materiales de la propia sierra, ha hecho imposible en él toda aspereza y toda forma abrupta: los grandes horizontes, cuyos últimos términos se funden dulcemente en el celaje; el inmenso radio de las ondulaciones del terreno; las cumbres rectilíneas de los cerros, semejantes al «conoide» de los geómetras; la uniformidad, pero no monotonía, que reina en toda esta región, contrastan con la cordillera, realzando este contraste la vegetación, tan distinta en una y otra zona. [...]

Suaviza, sin embargo, este contraste una nota fundamental de toda la región, que lo mismo abraza al paisaje de la montaña que el del llano. En ambos se revela una fuerza interior tan robusta, una grandeza tan severa, aun en sus sitios más pintorescos y risueños, una nobleza, una dignidad, un señorío, como los que se advierten en el Greco o Velázquez, los dos pintores que mejor representan este carácter y modo de ser poético de la que pudiera llamarse espina dorsal de España. Nada alcanza a dar idea de él como su comparación con las formas que más frecuentes son en nuestras comarcas del norte y el noroeste, y en especial de Galicia. En las riberas del Saja o del Nalón, pero más aún en las encantadoras orillas del Miño o en las Rías Bajas de Pontevedra, todo es gracia, armonía, proporción, encanto: los valles son cerrados y pequeños; los cerros, bajos; pálido el azul del celaje; el verdor de los árboles, transparente; fresco y brillante el de los prados: la naturaleza entera sonríe en una media tinta que lo envuelve todo y hace imposible la ruda acentuación de contrastes enérgicos. Es la belleza femenina, expresión de una actividad desplegada sin lucha en un ritmo tranquilo. Aquí, por el contrario, asoma por doquiera el esfuerzo indomable que intenta abrirse paso al través de obstáculos sin cuento; y así como en un mismo día y lugar se suceden con rapidez vertiginosa el hielo y el ardor de los trópicos, así también el sol deslumbra con un fulgor casi agrio en el fondo de un cielo, de puro azul, casi negro. [...]

Esta relación del suelo con el paisaje, de la geología con la estética, que ya ilustraron en sus tiempos un Cuvier y un Humboldt, presenta problemas de interés extraordinario. Respecto de los materiales de los terrenos arcaicos, verbigracia, pueden observarse delicadas diferencias entre las formas graníticas y las gnéisicas, diferencias tan visibles casi como las que separan ambas clases de formas de las que ofrecen los conglomerados del Montserrat, o las calizas carboníferas en las cumbres de los Picos de Europa, o los depósitos lacustres de los llanos de la Tierra de Campos. Sin embargo, la distinta posición orográfica de unos mismos materiales, esto es, el plegamiento de las capas, influye considerablemente en el paisaje. Igualmente, una acción química superficial puede dar a las rocas un aspecto muy diverso del que usualmente revisten. Recuerdo el magnífico tono frío amoratado de los acantilados del circo de las Dos Hermanas, en el macizo de Peñalara, debido a la hidratación del óxido de hierro contenido en las micas de sus gneises; mientras que en el puerto del Reventón, en el vallecito de la Berzosa (debajo de la Maliciosa y de las Cabezas de Hierro), y en tantas y tantas otras partes, ese mismo gneis, por cuyas lajas corre una fina capa de agua, ofrece los rojos más cálidos, ricos y transparentes, merced a otro grado de hidratación de esos mismos hierros.

## II

Un escritor, un jurista por cierto, Carlos Salomón Zacharías, ha dicho: «El desierto, la palma, el camello, la tienda, el beduino forman un todo indivisible». Esta relación entre la constitución geológica, el relieve del suelo, el clima, el medio natural, en suma, y el hombre, relación que se imprime en la constitución de nuestro cuerpo como en la de nuestra misma fantasía, de donde

trasciende a nuestros gustos, hábitos, artes, a la obra y modo entero de la vida, se advierte por extremo en la región que se despliega sobre la falda sur de este tramo central de los montes Carpetanos. La raza, las ciudades, las habitaciones, el modo de vivir, el carácter, se corresponden en unidad perfecta. [...]

Jamás podré olvidar una puesta de sol, que allá, en el último otoño, vi con mis compañeros y alumnos de la Institución Libre desde estos cerros de las Guarramillas. Castilla la Nueva nos aparecía de color de rosa; el sol, de púrpura, detrás de Siete Picos, cuya masa, fundida por igual con la de los cerros de Riofrío, en el más puro tono violeta, bajo una delicada veladura blanquecina, dejaba en sombra el valle de Segovia, enteramente plano, oscuro, amoratado, como si todavía lo bañase el lago que lo cubriera en época lejana. No recuerdo haber sentido nunca una impresión de recogimiento más profunda, más grande, más solemne, más verdaderamente religiosa. Y entonces, sobrecogidos de emoción, pensábamos todos en la masa enorme de nuestra gente urbana, condenada por la miseria, la cortedad y el exclusivismo de nuestra detestable educación nacional a carecer de esta clase de goces, de que, en su desgracia, hasta quizá murmura, como murmura el salvaje de nuestros refinamientos sociales; perdiendo de esta suerte el vivo estímulo con que favorecen la expansión de la fantasía, el ennoblecimiento de las emociones, la dilatación del horizonte intelectual, la dignidad de nuestros gustos y el amor a las cosas morales que brota siempre al contacto purificador de la naturaleza.

El cuerpo, por su parte, enteco, muelle, decaído, sin aquel vigor varonil que el griego estimaba señal de ciudadano, tiembla de la humedad, del calor, del viento, de la lluvia, del frío, víctima de un sistema nervioso en perpetua corea; huye del aire libre como de su mayor enemigo y pone por ideal del hombre sano una especie de crisálida, revuelta en innumerables estratos de vidrio, lana y algodón y medio podrida entre la mugre de sus exudaciones pestilentes.

Y, sin embargo, para sentir en nuestra alma impresión como aquélla, y en nuestro cuerpo el roce vivificante de la naturaleza maternal, no hay que emprender la peregrinación a los Alpes, ni a Sierra Nevada, ni a los Picos de Europa, ni siquiera a la magnífica y vecina Peñalara, con sus ventisqueros, sus lagunas, sus circos, sus acantilados, sus panoramas espléndidos, que abrazan desde el Pisuerga al Manzanares; ni aun adelantarse hasta las Cabezas de Hierro y los espléndidos valles que dominan, ¡sino soportar hora y media de ferrocarril, dos de diligencia y hacer a pie un trayecto como el que cualquier madrileño tiene que recorrer desde su casa a cualquier parte por céntrico que viva...!

Pero es ley que todo pueblo, dormido en secular postración, cuando despierta de nuevo a la cultura, no pueda comenzar por volver los ojos hacia el horizonte más cercano, sino a los más distantes. La misma ley que lleva a sus pensadores, como a sus políticos, a estudiar antes la ciencia, la historia, las instituciones de otros pueblos que las del suyo propio, arrastra a sus viajeros a contemplar y gozar el paisaje remoto, mientras llega aquel día en que el desarrollo de la cultura en su nación, y el de la suya propia, le permitan tender la mano para coger el fruto, menospreciado tanto tiempo, con tenerlo tan cerca. Tal acontece en España, y, por tanto, en Madrid, donde la inmensa mayoría de la gente se abrasa y consume en la fiebre de los negocios, en la de la política y hasta en la del pensamiento y el estudio (tan grave y dolorosa como las demás) o se aburre en la estéril pereza. Apenas la caza redime a unos cuantos de esta anémica vida ultraurbana; pero es por muchos modos impotente, y en particular por lo que desconcierta con el tono general de esa vida, para compensar su desequilibrio y labrar en las honduras del espíritu camino de regeneración y de progreso. La organización de sociedades alpinas o de excursiones, al modo de las de Cataluña, contribuiría sin duda y de mejor manera a aquel fin; espe-

cialmente, si pudiesen evitar las formas frívolas, vulgares e insignificantes que el *sport* suele revestir entre nosotros.

1886

## Cómo empezamos a filosofar

**E**l pensamiento no es, contra lo que vulgarmente se dice, una esfera distinta y aun opuesta a la vida, sino parte de ésta, cuyo desarrollo sigue exactamente. Sin duda que su primer excitante, el primer tutor que estimula su atención, y, por tanto, su actividad reflexiva, son las cosas mismas, y, ante todo, el mundo exterior que nos rodea; porque para el salvaje, cual para el niño, el mundo interior, con serle tan inmediato, apenas existe como objeto de conocimiento, sino como sujeto que indaga y descubre al verdadero objeto, que está fuera. Así tan sólo ha comenzado el hombre a darse cuenta de ese mundo. Pero, al principio, el movimiento es tan tenue que los anales de la vida del individuo, como los de la civilización, lo dejan pasar inadvertido; no obstante que la acumulación de esos esfuerzos personales para ponerse y resolver el problema fundamental del ser de las cosas que contemplamos es lo que hace posible, por la tradición y por la herencia, la formación gradual de la filosofía. [...]

Pero con ser indiscutible esta —que se podría llamar— tutela objetiva del pensamiento, no lo es menos que, para que el proceso del pensamiento filosófico alcance a constituirse, ya diferenciado, en una esfera sustantiva de la cultura humana, en forma de ciencia, todavía se requiere algo más. Todo movimiento del sujeto, por tenue que sea, en busca de lo que son en sí las cosas, aunque apenas desflore su superficie, es ya ciertamente un episodio de la historia de la filosofía. [...]

Ahora, para comenzar esta obra con tales proporciones y en el seno de una sociedad adulta, necesita el individuo aprovechar los frutos de la actividad general en esa esfera, ganando de esta suerte un apoyo, una tutela que lo

sostenga y lo prepare a la libre dirección de sí mismo [...]. El dogmatismo, la dominación sectaria sobre los espíritus, el afán de proselitismo doctrinal, tantas otras formas de opresión y coacción, más o menos duras, muestran cómo aquí también esa tutela se corrompe con harta frecuencia, y en vez de disponer gradualmente al hombre para su emancipación, procura disponerlo para perpetua servidumbre. Mas ésta es enfermedad de la protección tutelar; no es la tutela misma, la cual se funda en el principio universal (ontogénico, que pudiera decirse) de que todo ser, la planta como el astro, el hombre como el pueblo, la corporación, la iglesia, nacen siempre bajo el amparo de otro ser adulto, a cuyas expensas se forma, y del cual se va diferenciando y elevando, hasta lograr el grado máximo de su independencia.

Esta dirección, de que en sus primeros comienzos ha menester el pensamiento filosófico, sólo puede, sin duda, venir del pensamiento mismo, en el proceso de su evolución anterior y en el resultado producido ya en la historia, porque la contemplación de ese proceso y de ese resultado, en ésta como en toda obra, es parte esencial de nuestro aprendizaje. Los primeros pasos, pues, que en la reflexión filosófica damos nacen del estímulo que en nosotros produce la comunicación del pensamiento ajeno; tal es el sentido de la enseñanza y dirección del maestro en esta esfera, su única función en nuestra educación filosófica, o sea, en nuestros ensayos para adquirir el poder de formar conceptos libres, totales y reflexivos de las cosas, y habituarnos progresivamente a producirlos.

En el comercio con el pensamiento ajeno, todo cuanto leemos u oímos, si propiamente llegamos a oírlo o leerlo, y no queda en la mera impresión mecánica del órgano, despierta al punto en nosotros un eco, testimonio de nuestra propia actividad. Sólo que, sucediéndose unas a otras rápidamente las sensaciones, nos falta el tiempo para detener y elaborar cada uno de estos ecos, a

menos de dejar de escuchar o leer, y se van apagando en el fondo inescrutable de la conciencia. Pero interrumpamos la serie y detengámonos a considerar uno cualquiera de esos movimientos. Al punto advertimos que la reacción excitada en nosotros consiste en un proceso de pensamiento también, que va desenvolviéndose gradualmente, por cierto tiempo más o menos largo, según la intensidad del estímulo, de la atención, de nuestro carácter mental, situación, etcétera. Este proceso, ora es de conformidad, cuando nuestros pensamientos concuerdan con aquellos que nos los sugieren, ora de disconformidad, por el contrario. Algunas veces son meramente episódicos, y a pesar de darles ocasión el pensamiento ajeno, se desenvuelven en otra dirección particular, dejando a un lado toda confrontación con su excitante.

Prescindiendo de este último caso, los dos primeros señalan el despertamiento del *espíritu crítico*.

Conviene distinguir entre el espíritu crítico y el de *contradicción*. Aquél, según se ha visto, no consiste sino en la disposición, despertada al contacto del pensamiento ajeno, a producir el nuestro en tal relación ligada con él, que mediante este vínculo lo afirme o lo niegue, siendo esta afirmación o negación su propio contenido. Pero el espíritu de contradicción es aquel que sólo nota lo disconforme, único estímulo que lo pone en actividad; complaciéndose luego en buscar y hallar doquiera el error, el mal, ocasión, en suma, a la censura. Es como el falseamiento del espíritu crítico: éste es objetivo; aquél, subjetivo, tendiendo a desestimar fácilmente todo cuanto no es él y a ponerse sobre el eje del mundo. En los tiempos actuales, el proceso de emancipación del individuo ha favorecido el crecimiento de esta verdadera dolencia intelectual, moral y afectiva, al compás con que ha favorecido al vano afán de originalidad, la soberbia, la negación, la rebeldía; enfermedades que son como la sombra que oscurece y perturba aquel bienhechor movimiento. [...]

---

El espíritu crítico no es este espíritu subjetivo y de muerte, sino impersonal, objetivo, de salud, de renacimiento y de vida. Merced a él, se estimula la reflexión sobre los problemas que ha venido antes proponiéndose la filosofía en su historia; y se hace posible resolverlos de mejor manera y hallar otros. Y por un proceso que desde luego nos va haciendo independientes, no sólo de los demás, sino de nosotros mismos, para entregarnos más y más a las cosas, llegamos a mirar a éstas cara a cara, a indagarlas directamente con nuestras fuerzas propias, preparadas por aquella especie de tutela para levantarse sobre esas relaciones y producir la reflexión libre. Cuando ésta aparece, ya estamos en el camino de la investigación racional.

El comercio, pues, con el pensamiento ajeno a nadie hará filósofo, porque el filósofo necesita ver por sí la verdad, y es ley de nuestra naturaleza que no podamos encontrarla de balde. Pero a todos nos capacita para esta labor del pensamiento, haciéndonos atender primero a la representación subjetiva de las cosas, mas sólo para llevarnos luego a las cosas mismas. Esta marcha es idéntica en la esfera de la educación científica y en todas las restantes. Por ejemplo, el niño, el hombre de espíritu inculto, por familiarizados que estén con la vida rural, casi no la observan, ni tienen de ella sino un goce muy rudimentario, mientras que las representaciones de la novela, de la poesía descriptiva y de la pintura de paisaje, como ya nota Humboldt, nos hacen entrar en la naturaleza, despiertan nuestra atención y nuestras emociones, abriendo en nuestro espíritu el camino para contemplar y sentir fenómenos, espectáculos, que apenas llegaban hasta nosotros cuando nadie nos decía: «mira y goza». De tal modo, que llega un día en que, prescindiendo del mérito del artista y atendiendo ahora sólo a la función de su obra, hallamos que la pintura de paisaje (lo mismo que, en otro sentido, los cuadros de la vida social en la novela), por fiel y noblemente que interprete la belleza del campo, es una simple nota de

atención, un estímulo para que nos representemos interior y libremente cien y cien originales, llenos de varonil realidad, de encanto y de poesía, en cuya comparación el cuadro del más grande artista palidece.

Pero, sin él, quizá no habríamos llegado a ver lo que hoy ya vemos. Por amañadas y falsas que sean esas obras, ellas nos han llevado hacia la realidad: Chateaubriand y madame Cottin (y no digamos un Walter Scott o un Victor Hugo) nos han hecho estudiar y gozar la Edad Media. El arte, en tal sentido, es un camino para la naturaleza. Cuando el hombre, preparado por él, llega a ésta, hallando, como Göethe, que no hay interior de Van Ostade que valga lo que la tienda del zapatero de Dresde, ya está educado para la vida estética. [...]

No es ahora difícil entender hasta qué punto se halla todavía la enseñanza en nuestro tiempo lejana de estos principios. «Las obras de la naturaleza son obras de maestro; las obras del hombre son obras de aprendiz», dice Zachariae. Y, sin embargo, en esas obras de aprendiz es en las que una pedagogía funesta se obstina en cerrar nuestra atención, dejando a un lado la realidad viva y fecunda. [...]

Además, hay en ese modo de concebir el valor de la representación subjetiva otra inexactitud grave.

Con efecto, si en tiempos atrás se tomaba a las formas naturales como tipos inmutables, inmóviles, casi petrificados, lejos de ver en ellas otras tantas manifestaciones oscilantes de la fuerza y proceso interior con que evoluciona la vida natural, única cosa que a través de ellas persiste, así también es uso imaginar todavía las doctrinas científicas como una especie de cristalizaciones, como construcciones definitivas, perpetuas e irreformables, en las cuales fuera sacrilegio poner mano. [...]

---

La verdad, precisamente, está en lo contrario. Las cosas, aunque cognoscibles y pensables, no son unas mismas con el pensamiento, como al idealista parece. [...] El proceso de la vida es, en el pensamiento, fundamentalmente el mismo que en todas partes. La riqueza interior de nuestras representaciones, que son ya una visión finita del objeto, fluctúa constantemente, desvaneciéndose y deformando sus límites, para responder de algún modo, a fuerza de sustituir unas por otras, a la inabarcable riqueza de la realidad. Cada uno de sus momentos constituye una concreción efímera de ese hervor íntimo, concreción que a la par lo traduce y lo niega. Ninguno vale de por sí, arrancado y desarticulado de la serie creadora, que a todos los engendra, los condensa, los cuarteja y los disuelve. Aislados son, como el mineral, el hueso o la hoja, una vez descuajados del planeta, del animal o de la planta: un producto ya inorgánico, muerto, inútil para el conocimiento y la vida.

¡Júzguese ahora del valor de esa pedagogía intelectual, que quiere educarnos y alimentarnos con semejantes detritus!

## Espíritu y naturaleza

Si se aplica el nombre de «espiritualismo» a toda doctrina que concibe los procesos de la conciencia como irreducibles a todo otro proceso e inexplicables por las fuerzas físicas, estableciendo entre ambos órdenes una solución de continuidad, un *hiatus*, no todas las doctrinas actuales son, en verdad, espiritualistas, aunque sí casi todas.

Por el momento, al menos, no posee hoy el materialismo una alta representación; entendiendo por «materialismo» la teoría que niega la especificidad de la psiquis y reduce sus fenómenos a meros efectos de la actividad de los centros nerviosos (y la psicología a un capítulo de la fisiología), sin intervención de otra causa peculiar, ni necesidad de ella para darnos cuenta de su producción. Sin embargo, frente al espiritualismo ontológico, que, como sujeto de aquellos procesos, admite una *sustancia* especial psíquica; al animista, que juzga al cuerpo obra del alma y a ésta como su entelequia y *forma* sustancial; al dinámico, que niega esa sustancia, pero admite una *fuerza* espiritual propia; al monista, que, afirmando la *unidad* fundamental de un principio común, ya neutro e indiferente, ya positivo, mantiene al par la distinción entre ambos órdenes... todavía el materialismo clásico se sostiene en ciertos grupos apartados de la corriente general de la historia.

Pero, aparte de este sentido *metafísico* de la palabra «espiritualismo», tiene otro que podría decirse *moral*. Aplícase a toda concepción biológica que se representa la aparición de la psiquis, sus fenómenos, fuerzas, fines e intereses como el momento más elevado de la vida en el mundo; reputando a los otros órdenes de la realidad meramente como grados inferiores que preparan el advenimiento de aquél. Y ya en esta segunda acepción, no parece exagerado

afirmar que, en general, tal vez *todas* las doctrinas son hoy espiritualistas por completo.

Sea que consideremos la vida psíquica como el apogeo de la evolución, como el último fruto de la selección natural, mediante el juego accidental de sus fuerzas; sea que admitamos un plan apriorístico, divino y universal de la creación, que ésta desarrolla como un drama, la gran corriente central de la filosofía moderna se mantiene, lo mismo en Moleschott, en Büchner, en Stirner, dentro de esa concepción jerárquica que pone en el espíritu el coronamiento del mundo, ni más ni menos que hacían Platón, Santo Tomás, Descartes, Hegel. ¿Qué más? Carlos Marx y sus continuadores, en la llamada «concepción materialista de la historia»; o aquellos filósofos para quienes la conciencia es un epifenómeno y casi no sé si diga una imperfección, sostienen, sin embargo, que la ciencia, el arte, la moralidad, el derecho, en suma, los fines e intereses del espíritu, desempeñan la más alta función en la vida y sociedad humanas; y anarquistas agresivos, como Grave; mesurados, como Reclus; eruditos, como Kropotkin; místicos, como Tolstoy; filósofos, como Stirner y Wille, ven en aquellos fines el término hacia [el] que gravitan los mundos, lo más selecto y refinado de nuestro trabajo (y aun apenas se atreven a darle este nombre), donde la vida, una vez satisfechas sus necesidades más imperiosas, que son también las más rudas, se eleva a su mayor dignidad y nobleza. [...]

## II

Cuando consideramos pura y exclusivamente la vida humana, y comparamos los dos órdenes en que se desdobra su actividad, sea con razón, sea por preocupaciones, o por ignorancia, o por presunción, siempre aparece el espíritu

como lo principal para nosotros (es decir, para el espíritu mismo). Entre el techo de la Sixtina y una buena digestión, no faltará quizá quienes prefieran esta última; pero son gente que pertenece a la horda infrahumana, bien o mal vestida (adviértase bien), que queda en los posos de la civilización actual, todavía tan baja, aun en sus más altos tipos. En general, los bienes corporales son hoy estimados, entre los hombres cultos, más que por lo que ellos valgan en sí, por lo que sirven al espíritu, cuyos fines son los que todos consideran como los verdaderos en definitiva: la enfermedad, la debilidad, el hambre, el dolor físico, ¿por qué son males, sino por el dolor que nos causan, o por lo que nos entorpecen para el trabajo, o la vida social, o la tranquilidad, o el goce, que por más sensual que sea, tampoco es, como todos estos fenómenos, sino cosa del espíritu tan sólo y que desaparece con la idea de éste? Aun el cuidado del cuerpo y el cultivo de sus energías, acaso el griego antiguo, ni el inglés actual (a cuyo ejemplo hoy en todas partes se opera este poderoso renacimiento de la educación física), ¿lo han entendido nunca propiamente en interés del cuerpo mismo? ¿O en el del espíritu, en cuanto el desarrollo de aquél, de sus fuerzas, su resistencia, su equilibrio, hasta de su belleza y armonía, son cualidades de que el espíritu goza y se aprovecha, y sin las cuales se siente más o menos restringido? En este punto, cuando preguntamos a Arnold o a Spencer nos dan la misma contestación que nos daba Aristóteles.

Si de nuestro cuerpo venimos al mundo exterior, a la naturaleza, tampoco nos interesa ésta por sí, sino por relación al espíritu, como antecedente que lo prepara, escena donde aparece, excitante de su vida, medio para su subsistencia, material de sus creaciones, espectáculo para su fantasía, como *objeto*, en suma, de su contemplación y actividad externa. Si desapareciese del mundo el espíritu, ¿qué quedaría? La creación perdería su sentido. «Dios hizo el mundo para el hombre», dice San Agustín, y repite Hegel, y con él todo el pensamiento

moderno, aun el de aquellos que más murmuran contra la «concepción antropocéntrica». [...]

1897

## La ciencia como función social

### III

[...] La mayor parte de los sociólogos que han estudiado las diversas funciones de la actividad social no han consagrado la misma atención a la vida científica que a otras esferas, como la religión, el arte, el derecho, la economía, las lenguas. Y por consecuencia de este olvido, reina todavía, en cuanto a la formación de la ciencia, un cierto sentido aristocrático que desconoce el parentesco entre la obra (por decirlo así) profesional del científico y el espíritu general de la sociedad en que se produce, viendo sólo en aquélla el fruto de la actividad intelectual del sujeto, formada según los cánones de la antigua lógica individualista de las escuelas<sup>1</sup>.

Cierto que todo el mundo reconoce ya hoy sin dificultad que la filosofía de Kant, los descubrimientos de Galileo o de Darwin no hubieran podido producirse indiferentemente en cualquier medio. A veces, se admite que hasta las más idealistas utopías se encuentran en alguna conexión con las ideas y los sentimientos generales de su época; lo que se revela en el fondo de la *República* de Platón, o de la *Política* de Aristóteles (con todas sus diferencias), no es sólo la concepción personal de un filósofo, sino el ideal del espíritu y de la política griegos.<sup>2</sup> Pero, no bien reconocemos esta esencial correspondencia, nos olvi-

---

<sup>1</sup> Tarde, en su *Lógica social*, ha puesto de relieve lo incompleto de esa antigua lógica y su necesidad de completarla por la del espíritu colectivo.

<sup>2</sup> Sobre esta relación, indicada ya por Hegel (*Filosofía del derecho*), ha insistido especialmente Zeller en su *Filosofía de los griegos*, tomo II.

damos de explicarla; la afirmación queda reducida a la vaguedad superficial de un lugar común; y la investigación y construcción científicas siguen siendo tenidas por función exclusiva de ciertos individuos, cuyos productos nada deben, al menos directamente, a la acción intelectual de la sociedad. La relación entre ésta y la minoría profesional se estima casi siempre reducida a dos elementos: 1.º, las condiciones, en cierto modo externas, que la sociedad presta al investigador para hacer posible su obra; 2.º, su receptividad para la difusión de los resultados de esta obra en la serie de sus diversos estratos.

En cuanto a la primera de estas relaciones, siempre se excluye casi por completo toda idea de colaboración positiva entre la sociedad y el científico. El nivel general de cultura, la organización económica, las instituciones, la acción de los Gobiernos, las creencias religiosas, las costumbres, hasta las ideas y sentimientos que forman el contenido de la conciencia social son considerados meramente, al modo del clima y las fuerzas naturales, como influjos favorables o adversos al desenvolvimiento científico, que depende en parte de ellos; muy rara vez (y esto, del modo vago que se ha dicho) se reconoce la acción *causal* del espíritu general, la cooperación directa que presta a la obra del científico. Aún menos se estudia el proceso de esa acción: cómo en esta obra llegan a encontrarse resumidas las ideas, problemas, opiniones, dudas, presentimientos y ensayos dados a la sazón en la conciencia general. Se admite que una determinada coordinación de pensamientos, un descubrimiento, una invención son el resultado de un cúmulo de observaciones, de reflexiones, de investigaciones de otros muchos *científicos*, pero se excluye de esta colaboración a los «profanos», separados de aquéllos por un abismo infranqueable.

Y si, cuando examinamos la producción de los frutos de la ciencia, olvidamos lo que aporta, más o menos ocasionalmente, esa muchedumbre anónima que ha encontrado, digámoslo así, sin buscar, o, más bien, buscando

otras cosas, cuando, por el contrario, nos proponemos estudiar la acción descendente, o sea, del científico profesional a la masa, damos con un misterio inexplicable. Si no se admite la comunión actual de aquél, cierta homogeneidad y consonancia con el pensamiento difuso de la sociedad, ¿cómo entender la propagación gradual en el seno de ésta, de las verdades laboriosamente adquiridas por medio de los procedimientos técnicos del físico, del jurista, o del filósofo? [...]

Si se quisiera comprender en una fórmula concreta —y por lo mismo nunca enteramente exacta— la relación entre el espíritu y vida general de la sociedad, en cuanto al orden del conocimiento, y la obra especial del hombre de ciencia, dejando a un lado el problema de psicología individual de su formación y vocación, como tal científico, y no considerando sino el aspecto objetivo de esa relación, podría tal vez decirse que la ciencia es una diferenciación condensada, intensiva y *refleja* de lo que el mismo espíritu social piensa de una manera *inmediata* en el fondo: por donde es capaz de rectificar ese espíritu luego y extender su horizonte, al descender a su vez por los diversos círculos, hasta los más incultos y remotos. Y esta reacción mutua entre el cuerpo social y sus órganos, que se verifica en esta esfera como en todas las restantes de la vida (no más ni menos), es el único camino que permite las transformaciones de la historia.

## Contra el dogmatismo

(Fragmentos de dos cartas de Francisco Giner de los Ríos a Miguel de Unamuno, 22 de noviembre y 22 de diciembre de 1899)

Amigo mío:

Mil gracias por el ejemplar que ha tenido usted la bondad de enviarme, de sus artículos sobre enseñanza superior. Los leí de un tirón y su espíritu me parece inmejorable. Hay muchas cosas tan profundas y exactas en ellos: lo del dogmatismo, lo de europeizarnos y españolizarnos —y el modo tan hondo en que lo entiende—, lo de la enseñanza como laboratorio... en fin, sería no acabar. Cualquier pormenor en que yo vacile y tenga alguna reserva no sólo no importa, sino que es aquello de la «variedad en la unidad», etc., etc. Enviaré a usted unos artículos sobre cosas de educación, ya viejos, no para que nos congratulemos mutuamente del común espíritu, sino para consolidarlo entre todos los que quisiéramos ver un poco más de horizonte.

Suyo afectísimo

F. Giner

\* \* \* \* \*

Lo que dice usted del dogmatismo —de los dogmatismos de todos los colores — ¡qué verdad es y qué miserables nos trae! Yo no podría decirle cuánto congenio en ello con usted. No sé si lo he podido jamás dar a conocer bastante; pero siempre he deseado que mi enseñanza y mi acción y vida entera fuera obra de neutralidad, de tolerancia... Es decir, no en el sentido negativo de

estas palabras, usualmente, semiescético, semiforzado y a regañadientes; sino positivo, enteramente positivo, de cooperación, de simpatía profunda para los que más «contrarios» se estiman —ellos, no yo—; procurando hallar en todo y en todos lo conforme, la unidad, que está mucho más alta y mucho más honda, a un tiempo, que las divergencias, cuyo terreno aún de las acres, no cala más de la superficie y cuyo elemento sano, real y vivo no es la lucha, sino el de la división del trabajo. Aquí todos queremos quemarnos vivos unos a otros; yo no quisiera —y hasta me aterro de lo contrario— quemar ni a los que quisieran (puesto que los haya tan tontos y sandios) verme echando chispas.

## ¿Qué son las artes decorativas?

Hegel ha dicho, sobre poco más o menos, que la dignidad del Apolo de Belvedere —para los críticos de su tiempo uno de los tipos más ideales de la escultura clásica—desaparecería poniéndole una lámpara en la mano, fin para el cual tan adecuada parece su actitud. Y, en efecto, es corriente admitir, desde luego y sin más, una distinción absoluta entre el arte puramente estético (las «bellas artes»), de una comedia, un cuadro, una sinfonía; el meramente útil, de la máquina o el libro de matemáticas; y el bello-útil, mixto de ambos, y en el cual aquella finalidad sustantiva e intrínseca se combina con un servicio exterior, como acontece en un palacio, un mueble rico, o un discurso oratorio. Pero ¿es esto tan rigurosamente exacto? El arte que aspira a despertar la emoción estética, ¿no satisface a una necesidad de la vida humana? En otros términos ¿no es útil? ¿O es que por útil ha de entenderse, no lo que sirve en general para algo, sino tan sólo para ciertas cosas? ¿Cuáles son éstas? Aunque el interés estético y el arte que se pone a su servicio fuesen, como Spencer se figura —contra toda experiencia y contra toda deducción—, una especie de lujo, sin el cual se puede vivir y se vive, mientras no tenemos cubiertas otras necesidades de mayor sustancia, ¿serían por esto inútiles, es decir, no responderían a exigencia alguna de nuestra constitución mental? Sin duda, la preparación de la comida no tiene ante todo por fin despertar el goce de la belleza, sino alimentarnos; mientras que en el drama acontece lo contrario, aunque de él vivan y se alimenten tantas y tantas clases de personas; pero comer y divertirse (puesto caso que el arte fuese diversión) ¿son o no son dos fines? Sobre su respectiva importancia, podrán discutir cuanto se quiera, v. g., los que acortan la ración y empeñan los colchones para ir a los toros; pero no sobre si

constituyen dos intereses, ante cuya realidad, tan útil a su modo es el trabajo de la cocinera como el del novelista.

El arte, pues, estético, o, en otros términos, el esfuerzo para producir a sabiendas cosas bellas (o bien, producir belleza en las cosas, o más bien, sacársela de dentro), despertando en nosotros su goce, se contrapone ciertamente a las artes de la política, de la lógica, del comercio, de la agricultura, de la maquinaria, de la enseñanza, de la conducta moral, etc., etc.; pero no al arte *útil*, del cual aquél es parte, ni más ni menos que estos otros.

Además, ¡es tan raro hallar obras *puramente* útiles, en las que no se revele ni la menor preocupación por causarnos, aunque sea en una línea tan mínima y humilde como se quiera, aquella impresión agradable donde comienza ya el interés estético, con su desinterés característico! En un libro, menos conocido de lo que debiera serlo y en el cual hay ideas de un vigor y profundidad poco frecuentes entre nosotros, se dice, combatiendo la triple clasificación de las artes, arriba señalada: «toda obra tiene siempre ambos caracteres... aunque pueda uno de ellos preponderar de un modo notable, o bien estar compensados y como equilibrados armónicamente...»<sup>1</sup> «¿Dónde deja la cerámica de ser *industria* y comienza a ser *arte*? No cabe duda que muchos de sus productos se consideran obras artísticas: una fuente o un plato de Palissy, un jarrón de

---

<sup>1</sup> *Relaciones entre el arte y la industria*, por don Fernando G. Arenal. Memoria premiada en el concurso de 1881 por el Fomento de las Artes, de Madrid; publicada por vez primera en este *Boletín*, durante los años 1884 y 1885, y en edición aparte, en un tomo: Madrid, 1885. El autor desarrolla sus ideas sobre el arte y sobre la imposibilidad de separar el elemento industrial del estético, en dos interesantes capítulos; después, estudia con gran originalidad su aplicación al arte arquitectónico, o arte de construir no sólo templos o palacios, sino pueblos, ferrocarriles, carreteras, puentes, buques, faros, talleres, máquinas, escuelas, etc., etc.; de aquí, entra a discutir el influjo que debe ejercer el elemento estético en la industria, considerando especialmente los tejidos, bordados y encajes; la cerámica, el vidrio, el cinc, el bronce y el hierro; la platería, bisutería y joyería; el mobiliario y la tipografía. Esta parte comprende más de la mitad del libro.

Sèvres, de Chelsea o de Wedgwood, todo el mundo conviene en que son obras de arte; y un ladrillo, un plato y un puchero ordinario, productos industriales. Pero he aquí vasijas de barro ordinario, mucho más notables y artísticas, más originales y bellas por sus formas...». Y en otro lugar dice que la belleza no debe ser una cualidad sólo propia de algunos objetos, «sino que debe ir indisolublemente unida a toda obra»; y que, con razón, aun en los objetos de uso personal y doméstico, todo el mundo escoge los que le parecen más bellos: «en muchos casos, hasta pagándolos más caros».

Mirando hacia el lado opuesto, ¿es más frecuente, por ventura, encontrar productos, exclusivamente, de esa rigurosa finalidad estética? Aunque podamos prescindir de los múltiples objetivos, tan heterogéneos, que en ellos se propone el artista (y no digamos el grupo de personas interesadas en la obra), y nos ciñamos tan sólo a aquella intención, ¿es tan fácil trazar un abismo entre el arte independiente y el subordinado, industrial y decorativo? Reduciéndonos a las llamadas «artes del dibujo», todo el mundo considera que un cuadro es obra de arte «puro»; un encaje, obra de arte industrial y subalterno. Pero los frescos, es decir, las más grandiosas e ideales composiciones acaso del mundo, los de Giotto, Gozzoli, Signorelli, Rafael, Miguel Ángel, y si se quiere, hasta Jordán y Tiépolo, y hasta Goya; ¿qué son sino decoraciones de bóvedas y muros? Y los cuadros de pintura religiosa, ¿no están casi siempre hechos también para retablos y altares, como lo están los demás para completar, acentuar y llenar de esplendores, monumentos, casas y palacios? Hasta que ha habido museos donde recoger los despojos salvados de las ruinas, o arrancados del primitivo lugar de su destino, tal vez no se han pintado cuadros sino para un fin y un sitio predeterminado. Y no hay para qué entrar en otras artes, v. g., la escultura. Basta citar las estatuas del Partenón.

---

De la arquitectura, no hay que decir. Sus construcciones, por interesantes que sean para remover cuanto se quiera el sentimiento y la fantasía, todas se subordinan humildes a uno de esos fines: la religión, el Estado, la ciencia, la beneficencia, la educación, la vida de familia... con cuyo servicio se compenetran su concepción y la disposición general de sus masas, de donde nace precisamente la impresión peculiar de este arte; no de la decoración, con que, después —y siempre en relación con aquel fin— pinturas, esculturas, muebles, hierros, tapices, ceremonias... y hasta la oratoria y la música, acentúan su significación. Hoy, parece que se despierta en todas partes un movimiento que tiende a restablecer, en la esfera de la producción estética, la unidad de esas dos supuestas formas antagónicas: inferior y superior, libre e industrial, pura y decorativa. Por una parte, los más grandes artistas vuelven hace años el espíritu no sólo a la pintura mural, con un sentido que, aunque de lejos, recuerda el de sus tiempos épicos, sino a las mismas artes industriales. Por otro lado, éstas, ya en la decoración secundaria y un tanto accidental de sus obras, ya —lo que es más importante— en las formas generales de sus productos, comienzan a revelar una concepción más grave y más social, que podría decirse, de su fin, como un sentimiento de dignidad que aspira a ennoblecer todos los medios de la vida, aun los más modestos, enlazándolos más íntimamente con ella y con todos sus restantes factores. De esta tendencia ha sido quizá el más poderoso órgano Ruskin, que a través de sus paradojas, extravagancias e incoherencias, más o menos reales, quedará siempre como el grande apóstol de lo que se ha llamado «la religión de la belleza», que quiere verla florecer doquiera, restringiendo la vulgaridad inerte, mecánica y sin espíritu, y dando a todo una significación humana: desde la vivienda del obrero y el más humilde instrumento que allá en la oscuridad consagra su trabajo. En Inglaterra, han cooperado a este movimiento, tal vez los primeros, los prerrafaelitas, el Century Guild,

después, y por último la Arts and Crafts Society. Walter Crane vacía tableros de yeso para las paredes; Morris fabrica telas y papeles pintados; Webb, chimeneas; Benson, lámparas... y por todas partes los muebles, los herrajes, los libros, los carteles, los instrumentos de labranza y hasta los de cocina, vuelven, como acaso en todos los grandes florecimientos de la historia, a fundir en uno al artesano y al artista, y a poner en todo trabajo manual un sentido y una vida interior, que lo hacen digno hermano de las más nobles cosas del mundo.

1900

## Acercas de la función de la ley<sup>1</sup>

### I

El siglo XVIII ha prestado una fe muy característica, y que hoy nos parece demasiado inocente, al poder de la reflexión para determinar la acción de los hombres y la vida social. Este «racionalismo» o más bien este «intelectualismo» —pues la razón no debe reducirse al pensamiento— ha tenido, naturalmente, sus consecuencias.

En primer lugar, dicha fe iba derechamente hacia los hombres superiores, en los que recaía, por tener ellos la elaboración de las ideas, la dirección del Estado; el resto no era más que una masa casi amorfa, neutra, plástica, especie de arcilla dispuesta a recibir pasivamente la huella de las altas personalidades que, por decirlo así, poseían el monopolio del gobierno. No era concebido el Estado como una comunidad de vida y, por tanto, de derecho, cuyos miembros, todos, serían llamados, como otras tantas personas, unidades de conciencia, a aportar su contribución individual a una obra igualmente común.

De otra parte, en la educación, en el arte, en la religión, en la ciencia, en todo, el mismo fenómeno: la misma condensación, en grupos técnicos,

---

<sup>1</sup> El presente ensayo de don Francisco Giner, sin duda uno de los más valiosos que escribiera, y donde se condensa fielmente su pensamiento jurídico de última hora, no ha sido recogido en sus *Obras completas*. Escapóse a la diligencia de los discípulos que las prepararon por la circunstancia de no haber sido escrito ni publicado en castellano, sino en francés y en la *Revue Internationale de Sociologie*, de París, números de agosto y septiembre de 1908, con ocasión de haber ejercido Giner durante ese año la presidencia del Instituto Internacional de Sociología, del que la revista es órgano.

de las funciones cuya inmanencia se olvidaba en el cuerpo social. La mayor parte se reducía a disfrutar, abajo, de los bienes que el poeta y el artista, el sabio, el educador, el sacerdote, le distribuían desde arriba. El «todo *para* el pueblo», «nada *por* el pueblo» de los fisiócratas, era la consigna.

Esta concepción, completamente dualista, de la sociedad llevaba, pues, en el Estado, a la disolución de su unidad real, convertida en puramente nominal, a la oposición radical entre gobernantes y gobernados: sea en la fórmula «rey soberano y pueblo libre», de Stahl, sea en la de la «soberanía de la razón», de los doctrinarios, o en la de la autoridad y la obediencia, de los ciudadanos activos y pasivos, del poder oficial y de los súbditos, que hoy mismo se vuelve a encontrar todavía de manera inquietante en espíritus del más alto valor. En estas doctrinas, formadas quizá bajo el imperio de ciertas necesidades y de ciertas preocupaciones históricas, la idea del *self-government*, de la autarquía, de la soberanía del Estado —quiero decir, de *todo* el Estado—, ha sufrido un oscurecimiento. Para expresarse en la lengua de Kant, de la que se pagan a justo título algunos de esos eminentes pensadores, a sus ojos todo gobierno se ha convertido en una «heteronomía».

La característica de esta teoría no es que cada función tiene su órgano propio, encargado de realizarla de una manera especial; que la complejidad de esos órganos crece a medida que aumenta la de la vida del todo, conforme al principio de la diferenciación del trabajo. Está en esto: que una vez formados tales órganos, absorben exclusivamente la entera realización de sus funciones respectivas. Sería como si el biólogo pretendiera que en los seres que ya poseen un aparato respiratorio, la respiración celular general no tiene razón de ser.

[...]

## II

Asistimos hoy a una renovación de la teoría de las fuentes del derecho. La ley, la costumbre, la jurisprudencia, la doctrina, sus relaciones, todo está entrevisto desde un nuevo ángulo. Este problema de las fuentes, en sí mismo, ¿tendría un carácter completamente histórico, como es opinión de algunos pensadores de alta autoridad?... No la tengo yo para emitir juicio sobre este asunto. Lo que hay de cierto es que, en las oscilaciones de la historia, el momento presente parece inclinarse, más que del lado de la costumbre, del lado de una renovación del antiguo prestigio de la ley. [...]

Cierto, el sentido de esta especie de renacimiento es bastante diferente. No se espera ya de la ley los prodigios que de ella reclamaban los Filangieri, los Wolff, los Robespierre, los Bentham... El poder de dar vida a instituciones por su fuerza creatriz, bastándose a ella misma, prescindiendo de los factores históricos, es hoy ya muy difícil de concebir. Aparte toda acción divina, solamente la naturaleza, en el sentido clásico de la palabra, es la que crea; ahora bien, en la evolución de las sociedades, naturaleza quiere decir historia. La legislación es una obra razonada, intencional, todo un arte, es decir, una función teleológica del pensamiento, de la reflexión y del esfuerzo voluntario, trabajando con un fin definido, según un plan dispuesto por anticipado y sobre materiales previos. Aquí todos esos materiales son un complejo de ideas y de sentimientos, de instintos y de representaciones, hasta de investigaciones científicas, de tendencias siempre bastante diversas, a veces contradictorias, de prejuicios y de necesidades reales, de novedades y de rutinas, de ideales y de supersticiones, de restos fósiles, de fragmentos de antiguas leyes, de costumbres, de sentencias, de contratos y otros actos jurídicos, mezcla heterogénea, cuya fluidez viene, por tanto, a solidificarse en una resultante tan firme como

difícil de fijar en una fórmula de contornos perfectamente precisos; es, a la vez, un estado social y un estado de espíritu: el estado de espíritu del grupo cuyos intereses están en cuestión.

Mas, para deducir esta fórmula, el legislador debe emplear toda su habilidad y los recursos de su educación más o menos técnica al servicio de la conciencia social —y no hay que dar a esta palabra un sentido neoplatónico—. No tiene que buscar en otra parte: la razón es siempre el principio absoluto de toda evaluación; pero no es ya, cual en la naturaleza, «como un imperio en un imperio», la enemiga de la historia: forma parte de ella. El pensamiento reflexivo, cuyas representaciones intervienen en las resoluciones de la voluntad, no es más que una diferenciación interior del alma de la ciudad, devenida subjetivamente consciente por sí misma.

Acaso es así, en la cooperación de la espontaneidad y de la reflexión, del *conatus* y de la acción voluntaria, de la presión general y de la reacción técnica, como se desenvuelven todas las funciones sociales. El modo y la medida de esta cooperación son bastante diversos. Tan pronto es de las profundidades de donde viene el empuje hacia la superficie, luchando —a veces largo tiempo— para darse las instituciones que necesita. Tan pronto toma la delantera el Gobierno, encontrándose oscurecida la conciencia nacional al punto de no reconocerse en las fórmulas que le propone y que flotaban así en el vacío, sin descubrir alrededor de ellas un suelo firme para arraigar.

«Las fórmulas que le propone», sí; pues en el Estado, como en todos los dominios de la vida social, la última palabra no es para el Gobierno, ni para la ley, ni aún menos para la fuerza. No es el monarca, sino, por el contrario, la comunidad misma, la que «pone el punto sobre la i».

Sin duda, el valor objetivo de esta fórmula propuesta por el legislador a la obediencia de la ciudad no depende ni de lo uno ni de lo otro. El acuerdo

unánime de un pueblo con sus gobernantes no sabría por sí mismo crear la justicia. Lo arbitrario es siempre lo arbitrario, incapaz de sacarla de la nada por obra de la pura voluntad abstracta y subjetiva. [...]

Pero aquí no se trata más que de las condiciones a las cuales va unida, no esta justicia intrínseca de la ley, sino su positividad. Esta positividad no es, sin embargo, una función del azar, ni aun de una habilidad técnica indiferente y al lado del imperativo ético. El arte del legislador es un momento concreto e interior del deber. Y así como debe concentrar todo su esfuerzo para descubrir la regla «natural» del momento, la forma de acción justa en determinadas relaciones y la situación de los espíritus que forman parte de esas relaciones, debe también luchar para abrir una vía a la obediencia de esta regla si siente la inquietud de su responsabilidad. Tiene que triunfar a toda costa.

Cierto, donde nace la justicia de la ley no es en la voluntad de nadie; pero donde nace su realidad positiva es, por el contrario, en la obediencia de la voluntad social, en su aceptación *rebus et factis*.

Se comprenderá fácilmente que reconociendo a ésta semejante poder de establecer en último extremo sus reglas jurídicas, se está muy lejos de soñar en el *referéndum*. En el referéndum no es la ciudad, sino uno solo de sus órganos oficiales —es decir, del Estado en la segunda potencia—, el cuerpo electoral, por ejemplo, el que debe pronunciar su veredicto; aquí, por el contrario, es el grupo entero de los sujetos interesados, capaces o no. Hombres, mujeres, menores, aun niños, ignorantes, anormales, viciosos, todos toman parte en la vigencia de las leyes: vigencia que no es más que una doble función de la obediencia. El liberalismo moderno, último momento de la superstición legalista, había llevado al exceso su fe en la virtud de las garantías exteriores mecánicas. Ha querido prevenirlo todo, regularlo todo,

organizarlo todo, no dejar nada al azar de lo arbitrario de los Gobiernos, de los funcionarios, de los jueces, de los que antes se había sufrido tanto; y después que los Códigos políticos, civiles, penales, procesales y tantos otros lo habían ordenado todo de un modo racional, que ligaba y compelia sólidamente a todo el mundo a obligaciones precisas, ha reposado creyendo de esa suerte haber asegurado para siempre el imperio normal del derecho. Kant mismo, ¿no había desterrado del derecho el motivo, y no había así soñado una vida jurídica posible para un pueblo moralmente perverso? [...]

[...] Aun en el sufragio que se pretende llamar «universal» no es más que un cuerpo, de tantos funcionarios como se quiera, sobre el que reposa todo el sistema de los poderes oficiales en el Estado moderno. Más aún: son funcionarios por derecho, es decir, designados precisamente por sus propios elegidos. Fuera de ellos y de sus votos expresos, queda aún la voluntad del todo, la opinión difusa, haciéndoles sentir más o menos su presión, a veces no encontrándoles demasiado obedientes. Ella es el último juez, bueno o malo, pero sin apelación. Si no se le tiene de su parte, la ley más sabia, preparada con el mayor cuidado, rodeada de las más serias precauciones, la mejor inspirada, la que desde un punto de vista abstracto parecería responder mejor a las necesidades más apremiantes del momento, no es nunca más que un proyecto. Tendrá todo lo que se quiera, todos los sacramentos constitucionales; le faltará siempre el carácter verdaderamente positivo, el que hace de la conducta *que se tiene* una dirección real, un principio práctico, pero no de la que el gobernante desearía *que se tuviese*. Motivos más o menos oscuros pueden determinar esta obediencia, desde la adhesión sincera, el entusiasmo de los espíritus o el efecto sugestivo del poder, hasta el temor que nos empuja a deslizarnos en el sentido del esfuerzo menor y a doblegarnos bajo el mandato de la fuerza y de sus amenazas.

Quizá, bajo la presión del idealismo ético, se ha llevado demasiado al exceso la distinción entre las leyes de la naturaleza y las del espíritu: entre la causalidad irresistible del *müssen*<sup>2</sup> y el imperativo de la libertad y del *sollen*<sup>3</sup>. En el fondo, la idea de una ley es siempre la misma: la de una dirección constante en la movilidad entrelazada de los fenómenos. Así, mientras que éstos no se hayan ordenado ellos mismos según esta dirección, la ley en todo caso no es más que una idea, o, si se quiere, un precepto *para* la voluntad. No llega a ser una ley positiva más que cuando se encuentra realizada *en* esta voluntad, como una propiedad de la experiencia.

No soñamos, pues, en rebajar la función de la ley, sino solamente en colocarla en su lugar. Esta función no es más que un caso particular de la acción del hombre sobre el hombre, tal y como ella se desenvuelve en un sistema de relaciones espirituales. El legislador tiene que jugar, sin duda, un papel considerable, a veces hasta enorme, como el escritor o el educador. Todos son excitantes para provocar cierta reacción en seres que tienen una vida propia. Esta reacción ¿se despertará? ¿El hombre obedecerá al hombre? El problema es el mismo para el legislador que para el orador, el poeta, el actor en la escena. Una vez promulgada su ley, no tiene más que hacer; no tiene más que esperar. El efecto, la reacción por él deseada, no depende ya de él, sino de un proceso bastante complejo que no se desenvuelve más que en el propio sujeto individual o social. Pues todo gobierno, como toda educación, acaba por resolverse en una autarquía.

[...]

---

<sup>2</sup>«Tener que» [nota de los editores].

<sup>3</sup>«Deber», en el sentido de cumplir una ley [nota de los editores].

Se ha aproximado más arriba el papel del legislador y el del educador. No es una aproximación accidental. La función del Gobierno (Grecia lo ha visto como tantas otras cosas) es sobre todo una función pedagógica. No es, hay que recordarlo, una función creadora de fuerzas, de instituciones y de formas sociales, ni siquiera de leyes; no puede más que transformar en claridad el instinto, acentuar su dirección, revelándole, con toda la precisión posible, su contenido sustancial y estimulándolo hacia su fin. La nación es la que tiene que responder con el éxito o el fracaso. Pero este trabajo para excitar el alma y la acción de un ser vivo, ¿es otra cosa que lo que llamamos educación?

No confundamos esta educación, en el sentido más amplio de la palabra, realizada por el Estado, ofreciendo por medio de la ley un tipo de acción y de vida con su intervención —menos aún su monopolio— en la escuela y la universidad, las bibliotecas y los museos, en el fomento de «las ciencias y las artes». Sin duda, la escuela, estatista, eclesiástica, laica, social, es siempre también una institución sustantiva para ayudar a la formación íntegra del alumno, no un recurso cualquiera, un suplemento a la ignorancia o a la miseria de las familias. No es tampoco una institución puramente intelectual; la instrucción comienza a no jugar más que un papel subordinado. La universidad misma es llamada ante todo, no a propagar doctrinas, sino a desenvolver el espíritu científico, el amor a la investigación libre, la preocupación y el respeto de la verdad, colocando en segundo plano, o dejándolo a las bibliotecas, el cuidado de exponer la situación de los conocimientos en cada época. Así, un gran pensador ha recordado a los maestros que hace mucho tiempo que se descubrió la imprenta. La función última de toda escuela, por encima de su enseñanza y mediante ésta, es servir para la elevación ideal de un pueblo, no sólo vivificando la idea y la emoción, es decir, el sentido de la vida real, en su profundidad grave y serena, contrarrestando los placeres frívolos, sino haciendo *vivir* esta

vida en una expresión poderosa, que sea al mismo tiempo un medio en que el esfuerzo de cada día cree hábitos cada vez más dignos del ser humano.

Se comprende bien que esta educación no puede pedir ya su concurso a la psicología general, sola, ni aun a la psicología individual, sino a todo el sistema de las condiciones sociales a las que su suerte está ligada indisolublemente: desde la difusión del bienestar material hasta la del conocimiento y del pensamiento objetivo, de la energía del sentimiento, de la pureza del espíritu religioso, de la potencia ética, del goce de la naturaleza y del arte... de todos los intereses, en fin, sin los cuales no podrían llegar nunca a su pleno florecimiento esas esperanzas que han puesto en la escuela los Pestalozzi, los Horacio Mann, los Pécaut. Es, pues, una quimera querer esperarlo *todo* de la reforma del maestro; aún mucho menos, de la reforma de la escuela.

De ahí esta pedagogía que quiere rodear al niño, aun antes de su nacimiento, de todos sus cuidados más que maternos, dispuestos a venir en su auxilio durante toda su vida, en sus buenos como en sus malos tiempos, para andar como para levantarse, desde el *Kinderhort*<sup>4</sup> a la universidad, y más allá, en su extensión a las grandes masas desheredadas, no sólo de pan, sino de luz y de verdadera humanidad.

El Estado debe también aportar a esta obra de educación social su concurso en su forma propia, la parte más eficaz de su función. Toda comunidad de vida, familia, corporación, ciudad, es por ello una comunidad de derecho, una fuerza para realizar el derecho, es decir, un Estado (como lo es el individuo mismo en sus límites), cuyos órganos específicos son llamados a estimular, depurándolas, las tendencias de la comunidad y a dar a cada

---

<sup>4</sup> «Guardería», Giner de los Ríos no quiso usar la expresión *Kindergarten*, más específica de una concepción educativa fröbeliana [nota de los editores].

---

una de sus necesidades el carácter de un imperativo. La ley, y en general la acción gubernamental, no es más que la sugestión de ciertas reglas de conducta reforzada por su carácter obligatorio. Se dirá, tal vez, que este refuerzo está singularmente intensificado por el poder coercitivo y, sobre todo, por la función penal. Ése sería incluso el rasgo más señalado del derecho moderno. Pero si se quiere pensar más en ello, y a pesar de las protestas de voces altamente autorizadas, se advertirá que el poder coactivo parece, de día en día, perder la posición especial que había tenido desde Thomasius hasta Kant, y entraña, como cualquier otro, en el sistema general de las condiciones jurídicas; que la pena ha sido también atributo de la Iglesia, de la universidad —de la corporación—, cuyas jurisdicciones no se han extinguido en absoluto; que la antigua fe en la eficacia de estos medios se va atenuando cada día aun en doctrinas «sensatas» y conservadoras; y en fin, que se ha empezado a volver los ojos hacia otras garantías más sólidas: sobre todo hacia el hombre interior, la disposición del espíritu, los motivos de la conducta, y, por tanto, hacia esa educación contemporánea, cuyos grandes trazos acabamos de bosquejar. [...]

# POLÍTICA



## La juventud y el movimiento social

### I

En pocos períodos de nuestra vida contemporánea habrá hecho alimentar la juventud tan consoladoras esperanzas como durante los últimos diez años que precedieron a la Revolución de Septiembre. Menospreciando abochornada a aquellos de sus miembros que, apenas salidos de las aulas y tras de cursar el breve aprendizaje de la política militante, ya en la imprenta diaria, ya en las oficinas del Estado, ya en la clientela de los personajes influyentes, hasta asimilarse con servil docilidad las costumbres de los partidos gobernantes, lograban un puesto entre los hombres descreídos y audaces que luchaban por la posesión del Poder; apartada de estos hombres, rehuyendo toda complicidad con ellos, encerrada en un silencio grave, semejaba disponerse en la austera educación de todas sus fuerzas vivas para el momento, fácil de prever, en que la nación, indignada al parecer contra las viejas cosas, hastiada en realidad — como luego hemos visto — sólo de los viejos nombres, buscarse en la nueva generación los campeones de su honor y su libertad: en aquella generación hacia la cual por entonces convergían todas las miradas de nuestros pensadores. Y así, al contemplar ese creciente alejamiento de nuestra juventud, podía exclamar el señor Ríos Rosas en 1863, increpando a los partidos medios: «No tenéis la juventud, os abandona, y hace bien, porque no la enseñáis, porque no la guiáis, porque no comprendéis, porque os morís, ya que *comprender o morir* es la suerte de nuestro siglo».

Pero se consumó la Revolución de Septiembre. Cayó el antiguo régimen; desaparecieron con él casi todos los hombres que, con lealtad algunos, con in-

fidelidad otros, con ceguedad los más, todos con el egoísmo de su partido o su persona, no habían servido sino para prolongar su miserable agonía; proclamáronse sobre aquellas ruinas aparentes los principios que —con razón o sin ella— constituyen el derecho contemporáneo: la libertad religiosa, de enseñanza, de imprenta; la inviolabilidad del domicilio, la seguridad personal, la abolición de la pena de muerte, de la esclavitud, de las quintas, de los monopolios oficiales; el sufragio universal, el jurado, la inamovilidad judicial, la elección popular para ambas Cámaras... Proyectáronse las bases de una renovación total; en fin, comenzó a latir la vida en las secas venas de este atormentado cuerpo; abriéronse todos los espíritus, sin distinción de ideas, a la risueña esperanza de sucesos mejores; y los *hombres* nuevos, surgiendo al cabo de la honrada penumbra de su ostracismo y viniendo a la clara luz del día en medio de este radiante cortejo, borrarón por el pronto hasta la dolorosa memoria de los que parecían haberse llevado consigo y para siempre el germen de todas las corrupciones que antes envenenaban la sociedad y el Estado.

Pasó el primer momento del noble y puro entusiasmo, y llegó la hora de condensar reflexivamente el clamor unánime de nación. ¿Qué hicieron esos hombres nuevos? ¿Qué ha hecho esa juventud? ¡Qué ha hecho! Respondan por nosotros el desencanto del espíritu público, el indiferente apartamiento de todas las clases, la sorda desesperación de todos los oprimidos, la hostilidad creciente de todos los instintos generosos. Ha afirmado principios en la legislación y violado esos principios en la práctica; ha proclamado la libertad y ejercido la tiranía; ha consignado la igualdad y erigido en ley universal el privilegio; ha pedido lealtad y vive en el perjurio; ha abominado de todas las vetustas iniquidades y sólo de ellas se alimenta. Y como no podía menos de acontecer con tal conducta, ha lanzado a la insurrección a todos los partidos ajenos a la distribución del botín; ha desdeñado a los proletarios y atemoriza-

do a los ricos; ha humillado a los racionalistas y ultrajado a la Iglesia; ha dado la razón a los esclavistas y a los negros, y se ha captado la antipatía de liberales y conservadores, de los hombres ilustrados y del vulgo.

Evitemos, no obstante, hacernos eco de las inhumanas acusaciones con que pretende infamar a esos hombres el amargo rencor de tanta ilusión cruelmente defraudada. En general, su conducta ha sido la que debía esperarse de todos los precedentes y de todas las circunstancias individuales y sociales de su obra. La incultura del espíritu patrio, si no era obstáculo a la edificación sistemática de una nueva vida, tampoco la estimulaba a lo menos con su enérgica vigilancia; antes, por el contrario, había de favorecer con su inercia el regreso al antiguo camino: porque una experiencia dolorosa comprueba cada día más el principio incontestable de que sólo la lenta y varonil educación interior de los pueblos puede dar seguro auxilio a la iniciativa de sus individualidades superiores y firme base a la regeneración positiva y real de sus instituciones sociales. En cuanto a los que el ministerio de las circunstancias, al par que sus propios merecimientos, llamaban a tomar sobre sí la grave responsabilidad de dirigir la solución de una crisis tan desprevenidamente procurada, ¿qué habían de hacer? ¿Podían servir de intérpretes a las confusas aspiraciones, no de un partido, sino del espíritu nacional entero, que nada menos reclamaba la común necesidad? Aislados del sordo movimiento interior de las clases; faltos de principios claros y definidos, de convicciones lentamente formadas en severos estudios; tan notoriamente inferiores en este respecto a las eminencias de los antiguos partidos, cuanto les excedían en la riqueza y amplitud del presentimiento; incapaces de fundar sobre este suelo movedizo del entendimiento y la fantasía cosa alguna sólida y duradera, una fuerza invencible les arrastraba cada vez con mayor violencia a componer y remozar en su provecho los mismos principios gubernamentales que un tiempo execraran, lejos de poner

los cimientos de la construcción, cuyo plan y cuyas primeras bases apenas se revelaban a su inteligencia en el crepúsculo de una luz dudosa.

De esta mezcla inconsciente de lo antiguo y lo nuevo, firmemente consolidado aquello por una práctica arraigada, y privado esto de la única autoridad que puede luchar con la rutinaria experiencia y vencerla, la autoridad de la razón reflexiva; de ésta como reacción química donde, las más veces sin saberlo, se fundían principios extremadamente heterogéneos y discordes, nació la Constitución vigente<sup>1</sup>, a trechos inspirada por instituciones luminosas, a trechos, por ejemplo, de otras Constituciones análogas, pero en lo capital hija fiel de la de 1845, una de las que más al vivo representan el contradictorio sentido del régimen doctrinario. Cuántas ruinas se hayan utilizado en esta verdadera reconstrucción, dígallo todo el que considere atento la obra informe donde, después de poner a contribución la experiencia y las instituciones de los pueblos más cultos, resulta casi siempre eclipsado el oscuro espíritu de los demócratas por las hábiles afirmaciones de los conservadores: matrimonio de conveniencia entre ideas antagónicas, intenta sustituir con una transacción empírica la fecunda neutralidad del derecho, bajo cuyo patrocinio todos los partidos y los hombres de honor se tenderían fraternalmente la mano. Y el pueblo entero, educado como sus gobernantes en principios hartos diversos de los que proclama, sin atinar a entenderlos y asimilárselos, coopera por su parte con eficacia poderosa a esa mixtificación, inocente en su origen y cuyo empuje ayuda a acelerar luego por una rápida pendiente el vértigo de las pasiones y los intereses subalternos.

Ante el espectáculo de tanta frustrada tentativa en que se consume la juventud de ayer, en medio de su decaimiento, y del decaimiento general de los ánimos,

---

<sup>1</sup> Recuérdese que se habla de la de 1869.

sintiendo la radical impotencia de toda esta medicina empírica para sanar la sociedad y el Estado, gravemente heridos en todos sus centros vitales, hostigada por las angustias de la patria, llama con imperio, atormentada, impaciente, la juventud de hoy a las puertas del Poder, que pide para sí con apremiante altanería. No hay tregua entre ella y los partidos gobernantes. [...]

Si en todos tiempos el espíritu joven, mientras con más generoso optimismo se da a trazar planes para lo porvenir, muestra mayor severidad hacia el presente; si en este respecto el lema ambicioso de toda juventud enérgica será siempre *destruam et aedificabo*, ¿quién podrá extrañar que la irrefragable necesidad de una transformación íntima y profunda en todos los órdenes sociales y la nulidad patente de los tópicos al uso remueva en sus entrañas a la joven generación, empuje fuera del camino trillado a todas sus inteligencias pensadoras y a todos sus corazones fervientes, y no deje para renovar y sostener la vulgar falange de los glorificadores de nuestro tiempo más que a los tibios, los ignorantes, los apocados, a todo el lastre, en fin, de las nulidades y las medianías?

## II

Cierto: la sociedad padece hoy gravísima dolencia. No son las aprensiones livianas de unos cuantos espíritus exaltados, sino sus propios y verdaderos dolores lo que causa su angustioso malestar. Presa de la voluntad arbitraria que pone su mandato sobre el de la razón, la consiguiente lucha de todos los elementos de la vida, creencias, principios, clases, instituciones, intereses, mantiene una hostilidad radical entre los hombres, pagados cada cual de su persona y consumidos por la pasión egoísta y desenfrenada de su propio triunfo, o, cuando más, del triunfo de su idea, que ama, no a título de verdadera, sino

de propia. Así se comprende que toda la aspiración del liberalismo reinante se haya reducido a establecer los medios más eficaces para asegurarse en la vida del Estado no el imperio de la razón, sino el de la mera voluntad social, o más bien el de la voluntad de la mayoría, cuyo despotismo ofende con tan doloroso menosprecio el derecho de las minorías y la dignidad moral humana. Y en esta división e irreconciliable enemiga de los opuestos bandos, todos igualmente aferrados a un intolerante dogmatismo, que siente el peligro mortal de verse emplazado ante la conciencia y pide a la fe ciega la adhesión que puede hacerle prolongar sus días, la unidad ética, la virtud interior, la sosegada armonía que falta a la vida social, es reemplazada por la fuerza material y externa, que para *todas* las escuelas reinantes toma el lugar del derecho, y a la cual se encomienda impedir o retardar al menos una disolución inminente.

La sed de nombradía, de poder, de fortuna, de cuanto contribuye a aumentar los goces del sentido y a engrandecer por fuera y ante los demás a la persona; la santificación de los medios más inicuos para este inicuo fin: tales son los resortes que lanzan hoy la actividad humana a sus ruidosas empresas. Y este espíritu se muestra en la esfera científica, ahogada por la rivalidad de las escuelas y de los mal llamados sabios; como en la industrial y económica, víctima de esa recíproca explotación que decora el sarcástico nombre de *libre* competencia, y en la íntima división de la conciencia individual, donde riñen angustiosa lucha todas las contradicciones; y en el trato y usos de la sociedad, cuya ley es el *homo homini lupus*; y en las relaciones internacionales, gobernadas por las más indignas máximas; y en la moralidad, corrompida entre el aplauso y la befa de todas las clases y estados; y en la vida religiosa, descendida a profundidades de impiedad y de degradación que no osa medir el ojo amedrentado del hombre de bien; y en el bello arte, la poesía, la novela, el teatro, la música, la arquitec-

tura, la pintura, la estatuaria, todas, todas arrastrándose serviles y sin idea para enervar la vida con el postizo recreo de una ornamentación sensual, vendida a peso de oro; y en el derecho y la política, en fin, espejo ustorio donde esas vibraciones de un éter impalpable que penetra y corroe todos los ámbitos de la sociedad se condensan fatalmente para abrasar al mundo en un incendio de catástrofes y miserias.

[...] Cada civilización, al igual de cada hombre y aun de cada ser individual en el mundo, desde el sol a la más humilde hierba del campo, nace, crece, hasta florecer en la plenitud de sus cualidades, decrece luego más o menos rápidamente y se extingue, cediendo al nuevo ideal que ha de desarrollar a su vez, hasta agotarse en fases análogas, la espléndida misión para que viene apercebida de lo alto. Así cumplen la ley de su destino las generaciones, corriendo de unas a otras un reguero de luz cada vez más encendida: *quasi cursores vitae lampada tradunt*. Así, el calor de los hombres por una idea no se apaga hasta que su heredera comienza a alborear; y la vida renace sin fin del seno mismo de la muerte. Y sobre este drama infinito, cuyos episodios, aquí o ahora gloriosos, allá o luego terribles o vulgares, coexisten en la inmensidad del universo. Dios vela por cada hombre y le advierte y corrige; y el espíritu, la naturaleza y la humanidad le asisten con las inaccesibles fuerzas de su juventud perenne.

La sociedad inaugurada en el Renacimiento, sociedad esencialmente sincrética (que no sintética), como la Edad Media había sido por demás analítica, después de haber llegado a su apogeo y consumido su ideal, se acerca hoy a su término, mediante una transición apenas perceptible para nosotros, que — como ha dicho un pensador<sup>2</sup>— «somos de ella actores, víctimas y testigos». Y esta decadencia y ruina, cuyos primeros pasos marcan las revoluciones que se

---

<sup>2</sup> Ríos Rosas, discurso inaugural de 1869 en la Academia de Jurisprudencia.

inician en el pasado siglo, y bajo cuyo peso van flaqueando y desplomándose una a una todas las endeble construcciones a que los empíricos y charlatanes apelan para remediarla, no se verifica hoy suavemente, como vienen la vejez y la muerte del justo, bajo la firme convicción de una mejor vida, cuya aurora puede ya presentir desde el ocaso de la que entonces abandona, sino que la sacuden y afligen, como al hombre mundano en sus postrimerías, la turbación del remordimiento y el terror a lo desconocido, la desesperación por los bienes que pierde y la ira y los lamentos, que sólo consiguen hacer más dolorosa la agonía y la transformación más difícil. [...]

### III

[...] La juventud vacila; no siempre cae. La fuerza secreta del porvenir late en su seno. Los más se estrujan el corazón hasta dejarlo seco; pero los mejores presienten bien, sin comprenderlo, que no es su destino consolidar y explotar la injusticia, sino arrancarla de cuajo. Huyen avergonzados del miserable sosiego a que se les incita y lánzase a la lucha, ley inexorable para el bueno en estos tiempos crueles, sobre cuya mole ruinosa quisieran amontonar la indignación de Isaías, de Juvenal, de Dante, para dar de una vez con ella en tierra. Todos los lamentos, aun los más pueriles; todas las maldiciones, aun las más inhumanas; todas las utopías, aun las más absurdas, hallan en sus almas un eco de simpatía, mayor a medida que es más profunda la hostilidad que las voces de ese lúgubre concierto respiran contra lo que les rodea. Así, en la política, desdeñan a cuantos les ofrecen coronar con prudentes reformas el sistema del liberalismo, ora —como los republicanos templados— favoreciendo el desarrollo de sus bases, ora conteniéndolas y aun reprimiéndolas, como los

partidos conservadores, y no otorgan su benevolencia sino a aquellos que juran destruir en sus cimientos el Estado contemporáneo. [...]

#### IV

A esa juventud inteligente, activa, enérgica, que quiere vivir, no vegetar, y a quien no arredra la lucha, se le ofrecen dos caminos harto diferentes. Comienza el uno en la abdicación de todas las ideas generosas que siente hervir en su espíritu y conduce a la gloria y al éxito. El otro, fiel a esas mismas ideas, lleva las más veces a la oscuridad y casi siempre al infortunio. ¡Y ha de elegir entre ambos!

«Nuestra sociedad —ha dicho un pensador— no estima ni alaba sino a los que medran; y si algo respeta aún las virtudes es porque ve en ellas otros tantos medios de prosperar... Quisiera saber si para el que carece de fortuna hay manera honrada de abrirse camino en un país en que todo se vende; necesita intrigar, lisonjear a un partido, ganarse protectores y encomiastas; y para esto tener mala fe, corromper, adular, compartir las pasiones ajenas... desviarse, en fin, del camino derecho. He visto, cierto, a hombres de todas las clases y estados elevarse a encumbradas posiciones; pero me atrevo a decir públicamente que, cualesquiera que hayan sido los elogios prodigados a sus prendas, y por más que en determinados casos los mereciesen, no he visto subir a los más honrados sino a expensas de algunas de sus virtudes».

Dura ley es para la juventud haber de optar entre el mérito y la recompensa, frecuentemente divorciados todavía por la injusticia de la sociedad. Mas culpe del rigor de su suerte, no a la naturaleza humana, cómoda excusa contra toda tentativa de reforma, sino precisamente a la pusilanimidad de sus predecesos-

res. Si éstos no se hubieran apresurado a reverenciar la misma tiranía de que murmuraban, la vida sería hoy harto más grata, la virtud más fácil y menor el sacrificio, a cuya divina fecundidad no hay poder que sobrepuje en la tierra. Pero arrojando toda la responsabilidad de sus males sobre un orden de cosas impersonal y anónimo, sin parar mientes en que ellos eran sus más firmes cimientos; disculpando así su corrupción con la del siglo, y prefiriendo antes aprovecharse del mal que remediarlo, lo arraigaron más y más con su cooperación e impidieron que volviese la vida a su natural y saludable corriente.

Se comprende sin dificultad que el camino del sacrificio sólo a costa de inmensos esfuerzos logre la preferencia de nuestra juventud. No ha sido educada para el calvario, sino para el capitolio. Desde la infancia ha zumbado ya en sus oídos el rumor de la emulación *gloriosa*, que nos enseña, como se ha dicho, «a subir y ser en todo los primeros, mientras que la religión y la virtud, y el respeto a nuestros semejantes nos mandan ser los últimos»<sup>3</sup>. La escuela ahogó en la cuna la libre espontaneidad de su espíritu, la ingenua alegría de su corazón y la originalidad de su carácter, estampando dogmáticamente en su entendimiento nociones y palabras sin sentido para él, ni relación con sus hábitos y estado, y modelando a viva fuerza su conducta en el troquel de una rutina arbitraria. Al proseguir su educación ha visto estrecharse más y más su horizonte, y apagarse en la indiferencia de los que la rodean, cuando no bajo el peso de su cólera, cada relámpago de luz con que la razón ha intentado protestar en todas las crisis de su vida contra una pedagogía ignorante. De esta suerte dispuesto, enflaquecido el espíritu, nublada la conciencia moral, inculca la razón y sin norte ni freno la fantasía, sale al mundo el joven a hacer *presa* y halla en todas partes la misma conjuración universal contra el deber. ¡Qué

---

<sup>3</sup> Bernardin de Saint-Pierre, *Harmonies*.

mucho si, volviendo acobardado la espalda a la naturaleza y el rostro a la prosperidad, ahoga el impulso de su corazón y deja caer como fruto abortivo, falto de madurez y de savia, los puros presentimientos que en más felices días encantaron su ánimo y que agosta la escéptica sonrisa del primer afortunado que pasal El estado actual de la enseñanza privada, como las restantes relaciones sociales, de casi toda intimidad real y convertida al par de éstas en un oficio exterior y mecánico, que atiende sólo a poblar la memoria, o cuando más a aguzar el entendimiento, pero no a formar espíritus rectos y bien sentidos, ayuda eficazmente a tan triste resultado y alimenta un divorcio entre la instrucción y la educación de que no pueden nacer sino los pedantes de nuestras escuelas o los retóricos de nuestra plaza pública. ¡De cuán otro modo serviría a la humanidad una enseñanza severa, que, lejos de prevenir complaciente con la trivialidad de sus conceptos la pereza del espíritu inculto y darle con postizos adornos una apariencia mentirosa, lo removiese en sus entrañas, lo reconcilia-se consigo y excitase en él la fuente de la libertad moral, mostrándole con la palabra y el ejemplo cada vez más anchos y bellos horizontes! ¡Qué influjo no tendría para dar al mundo hombres sinceros, naturales, sobrios, magnánimos, originales, varoniles, modestos, sanos de cuerpo y de alma, amigos invencibles del bien, enemigos implacables del mal, e indiferentes para soportarlo; en vez de estos caracteres falsos y artificiales, crueles y afeminados, consumidos por la fiebre del deseo o por el marasmo de la posesión, soberbios y altaneros en el triunfo, débiles y apocados en la adversidad, y que en sus ideas, sentimientos, propósitos, aspiraciones, conducta y hasta en su rostro y sus maneras llevan estereotipada la indefinida expresión de la vulgaridad con que sella y deprime todas las relaciones el imperio de las modernas mesocracias! [...]

Sin duda que es heroica empresa la de vivir en la transición quizá más radical y profunda que hasta hoy contemplara Europa: asistir a la aparición del nuevo

ideal y a los últimos instantes del antiguo, velar con filial respeto por que éste, hallando entre sus consuelos una muerte digna y noble, responda a su misión sin las corrupciones con que la manchan y deshonoran, no la necesidad de los tiempos, ni los planes de la Providencia, sino la malicia y perversidad de los hombres. Inmensa responsabilidad pesa sobre nuestra juventud; demás que el camino del bien no suele estar alfombrado de rosas. Deseche, con todo, el miedo, si en la lucha a que el deber la solicita se ayuda con todas sus fuerzas, como la ayudarán, a no dudar, cuantos por ella se interesan *viribus et armis*, no los que la adulan para que sirva a sus antojos.

En medio de la amargura y ruina de tantas bellas esperanzas, confiemos —¡quiera para poder vivir!— en que ésta no habrá también de frustrarse. Sólo una condición necesita cumplir la juventud y la victoria es de la humanidad. Al lema del egoísmo presente, *prius fedari quam mori*, sustituya el de los hombres de honor: *prius mori quam fedari*.

## La acción moral de la juventud

### I

A semejanza de lo que acontece en la «egoísta» y «mercantil» Inglaterra — que no lo es, por lo visto, para todas las cosas, aunque desgraciadamente lo sea para demasiadas—, en todos los pueblos civilizados, o más bien semi-civilizados, va comenzando la juventud, y muy en particular la universitaria, a interesarse en los problemas urgentes de la vida social de nuestro tiempo: los del proletario, la mujer, el niño, el mendigo, el enfermo, el loco, el criminal, el alcohólico, el vago: todos los débiles, en suma, de alma o de cuerpo, de condición social o jurídica, de fortuna, de moralidad o de cultura. Y así, la juventud misma y la clase escolar, hartos necesitados de auxilio para prepararse a su obra ayudando a otros, se educa a sí propia en servicio del ideal, forma su voluntad, desarrolla su energía, su individualidad, su carácter; y en este cultivo, que viene a ser como una reacción centrípeta de su conducta y sus hechos externos sobre su persona, recoge más quizá de lo que en fuerza centrífuga esparce por el mundo.

La acción de la juventud es a veces confesional, más o menos abierta o estrecha, y aun sectaria; otras, neutral, humana y libre; tan pronto imbuida de un espíritu de clase, de favor, de condescendencia graciosa del superior para con el inferior, cuyas líneas respectivas de vida se cruzan sólo en un relámpago; tan pronto, penetrada de la convicción de que, por mucho que haga, no va un ápice más allá de la estricta justicia que mezcla y entreteje a todos los miembros de la humanidad. La presunción y la abnegación, la vanidad y la objetividad, el egoísmo y el desinterés, el humanismo, la piedad, el respeto, el amor, el remordimiento, el sentimentalismo,

mo romántico, el miedo a un porvenir social tempestuoso, hasta el mimetismo de la moda, colaboran en este movimiento, que, en algún respecto, es siempre bienhechor, y del que cada cual saca según lo que aporta. Pero cuando la acción de los estudiantes, no contenta con este beneficio, se eleva por cima de la vulgaridad y de las pasiones subalternas, es cuando pone de su parte lo que le toca para ayudar al advenimiento de un nuevo mundo moral, que afina las conciencias a un diapasón más alto: no sólo de una nueva organización económica, la cual, además, forma parte de aquél, porque los bienes materiales, con ser medios para nuestras necesidades físicas, tienen un valor ético, merced a cuya significación trascienden de la naturaleza exterior a la vida y la finalidad del espíritu.

Estos intentos, al principio esporádicos, van después enlazándose poco a poco en una trama continua, cada vez más apretada y sólida, que permite, al menos, *esperar*,<sup>1</sup> lo cual ciertamente no cabe cuando vemos sólo tanta energía juvenil llena de promesas al principio y embrutecida luego por la sensualidad, la ambición, la vanidad, la codicia, la vulgaridad, la trivialidad, el servilismo, la impotencia, en suma, para levantarse sobre el placer del lupanar, la cama y el pesebre.

## II

Un periódico, el *Bulletin Continental*, de Ginebra, consagrado a la abolición de la trata de blancas y de la prostitución reglamentada, esa inmundada rama del de-

---

<sup>1</sup> A estas tentativas pertenece, entre nosotros, la de los Antiguos Alumnos de la Institución Libre: 1) para la obra de las colonias escolares de vacaciones (que, desde el próximo verano, contará con casa propia en San Vicente de la Barquera, gracias al donativo de uno de ellos, don Manuel Rodríguez); 2) para restablecer, dentro de sus cortos medios, la de las antiguas decenas, fundada por la inolvidable doña Concepción Arenal; 3) para promover la cultura de las clases obreras por medio de visitas a los museos de Madrid, de lecturas, clases, etc., que, desde el curso anterior, vienen verificando.

recho administrativo, hija de una moral podrida y una higiene ignorante (y de donde sacan los representantes de los Gobiernos sus más saneados ingresos, a veces para los pobres y a veces para sí mismos), trae en el numero del mes pasado un «Manifiesto a los estudiantes» que entra de lleno en esa corriente de impulsión moral. Lo firman alumnos graduados de diversas facultades, desde la Teología a la Medicina, y su lenguaje es tan modesto como alto y noble su espíritu. «Algunos estudiantes —dice—, inspirándose en un mismo ideal, y sobre todo en unos mismos deberes, se han agrupado con objeto de difundir a su alrededor ciertos principios y conformar a ellos más completamente su propia vida» (lo cual es a veces bastante más difícil que propagarlos). «No se creen novadores ni redentores; no tratan de establecer ningún dogma nuevo. El fin de su asociación es reunir en torno de esos principios, puramente morales, a estudiantes de todas las universidades de Francia, para que de todas sus aspiraciones comunes salga un foco de vida superior, y de todas las buenas voluntades, hoy dispersas, una verdadera fuerza al servicio de la sociedad».

«El respeto de la persona humana, bajo todas sus formas», es «el alma de esta asociación», que combate el egoísmo y la violencia. Los principales problemas a que se propone consagrarse son: favorecer las relaciones pacíficas y los deberes entre las naciones, entre las clases sociales y entre el hombre y la mujer. No hay más que una clase de trabajo, sea que en él predomine el del pensamiento o el de la mano. Los que tienen hoy en su favor la fuerza de la opinión, o el número, o la posición social, o la educación, o la fortuna, no tienen por esto sino más deberes, una deuda enorme para con la sociedad: negarse a pagarla es un robo. En cuanto a la situación peculiar de los sexos, el egoísmo más irritante, dicen, falsea sus deberes respectivos. El hombre tiene la audacia de reclamar una moral distinta. Estos estudiantes piden, por el contrario, que «no haya más que una ley» para ambos sexos: «el derecho al libertinaje no existe

para nadie»; ni el deber de sacrificarse a la grosera sensualidad de los demás. El matrimonio, que a menudo «es sólo la unión de dos intereses, sin vida común intelectual ni morab», debe ser la asociación «de dos voluntades para una misma obra», y «su ideal, a la vez que su condición esencial, la monogamia», pero una monogamia «efectiva».

Para este fin, tratan los asociados de abordar los problemas conexos del derecho, de la educación, de la higiene, el alcoholismo, la prostitución, etcétera, promoviendo una vida más sana, que haga confluir a esta obra común las más opuestas tendencias individuales y reconcilie entre sí a los varios grupos de la sociedad.

### III

A esto aspiran esos estudiantes; estudiantes de París, de ese «París», capital donde tanta gente cree imposible hallar otra cosa que ingenio, diversión y libertinaje, que ciertamente no escasea allí, pero tampoco en ninguna otra gran ciudad (ni en las pequeñas). Su acción moral sobre el resto de la juventud, donde el empuje es aún poco intenso, puede hallar quizá la frialdad y hasta la ironía con que el hombre del vulgo pretende pasar (a sus propios ojos) por hombre superior, taimado, hartado de ver y oír, incorruptible a la ingenuidad y al entusiasmo: como el niño que se las echa de hombre corrido y calavera, pidiendo en el café una copa de ron «del más fuerte» y echando luego por cada ojo un chorro de lágrimas. Pero las cosas hacen su camino, y no tardarán, probablemente, siglos en llegar los tiempos en que a la turba desmirriada, sensual y sin aprensión, que casi avergüenza hoy al que se atreve a guardar su integridad moral, un mozo entero y varonil la obligará a puntapiés a avergonzarse de haber perdido la suya.

El primer deber —y el primer placer— de cada hombre para consigo mismo es el de ser hombre: lo cual implica, como toda fórmula, en su aparente simplicidad, muchas cosas bastante complejas, objetivas y subjetivas, o, más bien, que por un lado son subjetivas; objetivas, por otro, pues es tan inútil buscar esto sin aquello como buscar un cuerpo que no dé sombra —salvo los dioses del *Mahabaratta*. Contra una objetividad despersonalizada, por decirlo así, y que nos pide que disolvamos la individualidad, hay razón para enfadarse con Nietzsche, a tan vana quimera —o, si se quiere, para negarla sin enfadarse, que es mucho más razonable y sensato. Todo cultivo —y aun culto— de la individualidad es inseparable del cultivo de la humanidad, de lo universal y absoluto en nosotros, o, si se quiere, de los fines divinos en el orden del mundo. Ya el poético Guyau dice que no parece fácil ser egoísta sin ser altruista al propio tiempo, y éste es uno de los temas de nuestro Unamuno. ¿Y cómo servir a la humanidad sin servirse a la par a sí mismo, aprovechando de rechazo el fruto de nuestra obra objetiva? De ella, ante todo y sobre todo, pende la formación del ser original que cada cual lleva siempre consigo, vivo o muerto, muerto las más veces, en la vulgaridad de un promedio incoloro... La juventud de hoy, como la de 1830, huye con razón del «filisteo». Pero hay dos modos de huir: uno es «echar melena», esto es, cultivar la extravagancia y la apariencia material para ver si acaso disimula una vida insignificante y vacía; otro, cavar y más cavar, ir tras el fondo hasta dar con las entrañas de las cosas, sin avergonzarse por esto de comer y beber (cuando es posible), de andar con los pies y de ver con los ojos, como el más prosaico burgués del escarnecido gremio de ultramarinos. [...]

## Aspectos del anarquismo

### I

*Para la historia de las teorías «libertarias»*

Conocido es el célebre pasaje de la *República*, de Platón, en que viene a declarar que la ley es innecesaria para el hombre educado, y se burla de querer suplir la falta de esta educación y de sentido interno, que es su fruto, formando reglamentos sobre reglamentos, añadiendo correcciones sobre correcciones, con que no se logra sino complicar y empeorar la enfermedad, «cortando las cabezas de la hidra». También en las *Leyes* reputa vergonzoso suponer que haya hombres tan malvados que el legislador tenga que dictar leyes para contenerlos. Naturalmente, todas estas afirmaciones son luego atenuadas, pero quedan siempre como signos de un cierto ideal.

Ahora, nuestro fray Luis de León, como platónico que es, comenta el pasaje de la *República* y abunda en su sentido, en sus *Nombres de Cristo*, considerando que la ley es cosa imperfecta, por ser monótona y «terca», no viva; por oposición a la gracia, viva y atractiva (no meramente intelectual, como aquélla), individual, en suma, para cada caso y sujeto, flexible. «Tratar con sola la ley escrita —dice— es como tratar con un hombre cabezudo, por una parte..., y por otra, poderoso... La perfecta gobernación es de ley viva».

Repárese que éstas son precisamente las faltas que suelen poner muchos anarquistas a la legislación: v. gr., uno de los libertarios más famosos norteamericanos, Fulton. Tan claro es que no hay salvación contra el anarquismo, desde que se ve en el derecho un sistema de protección, restricción y defensa (con-

tingente) contra la maldad, de cuya posibilidad sólo depende y sin la cual no existiría un momento, ni su órgano de poder y fuerza, el Estado. En lo cual coinciden más o menos, lo mismo Kant, con su principio de la defensa de la libertad de cada individuo contra las agresiones de los demás, que Stahl, al derivar derecho y Estado del pecado original. Recuérdese que Stirner, Nietzsche y otros ultraindividualistas descienden nada menos que del gran Fichte, y que otros se apoyan en Spencer (con gran desazón de éste, por cierto).

Muy otra cosa piensa Santo Tomás, que admite ley, gobierno y jerarquía aun en el estado de gracia e inocencia; como igualmente Balmes. Otros dos pensadores de la escuela teológica, bien distantes en lo demás, De Maistre y Lamennais, coinciden en el concepto liberal de la restricción del Estado: para el primero, el término del progreso es la supresión del gobierno; el segundo prefiere como sistema político el europeo, «de la libertad», en que «el gobernante es lo menos gobernante posible, y el gobernado, lo menos gobernado». El sentido de nuestros místicos, expresado por el maestro León y que tiene cierta analogía con el de Tolstoy, inspira más o menos a uno de nuestros pensadores más personales, Unamuno. En uno de sus recientes artículos insiste en que la autoridad fecunda es la «autoridad interior y no impositiva»; en la necesidad de «combatir sin tregua la institución militar», y en el «anarquismo especial», característico de nuestro pueblo, «anarquismo de resignación activa, que en nuestros místicos comprendió con el Apóstol que *la ley hace el pecado*».

Ocioso sería notar que no es lo mismo negar la legislación que el derecho. Aquella es un fenómeno contingente, que ha tenido principio en el tiempo, y sin el cual, quizá, ha podido y puede vivir una comunidad social: v. gr., en los períodos primitivos de su vida, en que reina (¿exclusivamente?) la costumbre; mientras que el derecho es una propiedad esencial del hombre, que no puede faltar ni ha faltado jamás en la historia, aunque se la reconoce y cumple de

muy diversos modos, según el *tipo* y el *grado* de civilización de cada sociedad y cada individuo.

Otro ejemplo (no ya respecto de la legislación, sino aun del derecho mismo, confundido con ella) de ese parentesco necesario entre la concepción jurídica negativa y el anarquismo lo presenta uno de los filósofos que actualmente atraen más la atención, y al cual el propio Petrone da gran importancia; Schuppe, fundador con Rehmke, Schubert-Soldern y otros, de la llamada «filosofía immanente», especie de idealismo a lo Berkeley. Dice: «La comunidad de la vida no ocasionaría ninguna ulterior investigación, si todas las exigencias de la ética fuesen llenadas sin excepción, o siquiera aproximadamente, por todos los individuos..., si existiese doquiera tal fuerza espiritual... que dominase en absoluto a la sensibilidad..., si no hubiese intereses egoístas; sino que cada cual sólo procurase la salvación del prójimo, o al menos fuese para él imposible perjudicarle a sabiendas... Derecho y ley son superfluos, y hasta absurdos, donde en absoluto imperan un conocimiento y un amor igualmente perfectos. La comunión de la vida sería entonces ilimitada; la inclinación y las condiciones naturales externas fundarían pequeños círculos de unión amorosa y mutuo auxilio..., no habría Estados con sus límites. Dejemos esta utopía, para venir sencillamente a la conclusión de que el derecho y el Estado son formaciones que dependen esencialmente de que la perfección moral... no se ha alcanzado todavía, pero debe alcanzarse».

En todo lo que antecede, se habla, naturalmente, del anarquismo que podría llamarse «de cátedra», que es una doctrina, exacta o inexacta, acertada o errónea, tan respetable como cualquiera otra, y que tiene tanto que ver con los necios y brutales crímenes que en su nombre cometen unos cuantos desdichados, como otras doctrinas políticas, religiosas, etc., con los que se perpetran invocándolas. Sobre que aquel nombre se suele aplicar —a veces por sus

mismos autores— a teorías bastante heterogéneas: obsérvese que ni siquiera la llamada «negación del Estado» (y mucho menos el concepto que se quiere significar con esta última palabra), negación que se estima su característica más indudable, tiene siempre idéntico sentido; compárese, v. gr., a Bakunin con Kropotkin y a ambos con Wille... Por esta misma vaguedad, quizá, hay en general una tendencia en los hombres «intelectuales», teóricos y de estudio, así como en los estéticos, contemplativos, poetas y artistas (muchos de los cuales suelen ir al anarquismo por cierta superstición de la originalidad), y hasta en los hombres «de acción» y «revolucionarios», a ir dejando el nombre de «anarquistas» a los autores de atentados criminales, con quienes los más de ellos rechazan toda participación, y reservarse para sí el de «libertarios». En el periódico de Juan Grave, *Les Temps Nouveaux*, se ha podido ir siguiendo esta tendencia, nacida acaso en los Estados Unidos (Tucker, Steinle, Fulton, etc.). Wille cita la frase de Ibsen, bien exacta, en verdad, bajo muchos respectos, de que «donde hay que hacer la revolución es en las cabezas», es decir, en los espíritus; no, pues, en las barricadas, ni en los campos, donde está ya bien duramente probado —y no digamos en España!— que las revoluciones, como tales revoluciones, sólo siembran dolores, desdichas, odios, salvaje atavismo, para recoger (*a pesar*, y no *a causa*, de esa barbarie, como acontece en las guerras, otro crimen) algunos frutos que se habrían obtenido por otros caminos, y probablemente con mayor rapidez, si se tiene en cuenta la larga oscilación de acciones y reacciones que toda violencia trae consigo.

Mas, por su trágico aparato, las revoluciones imponen y amedrantan, y nos parece que trituran las entrañas del mundo, cuando apenas arañan la superficie. La sangre de esos arañazos (que es, sobre todo, sangre de la eterna «carne de cañón», de la «plebe») corre por todas partes y todo lo oscurece y nos ciega. No nos resignamos a tener por estéril cosa que tanto cuesta y hace tanto

ruido, y le atribuimos cándidamente milagros que nadie puede hacer, y ella menos que nadie. En los días críticos en que se acentúan el tedio, la vergüenza, el remordimiento de esta vida actual de las «clases directoras», arrancada, hasta donde cabe, de su comunión universal, confinada en un zaquizamí, donde no llegan el sol ni el aire, sin ideal, seca, vulgar y sin sustancia, es más cómodo para muchos pedir alborotados a gritos «una revolución», «un gobierno», «un hombre», «cualquier cosa», que dar en voz baja el alma entera para contribuir a crear lo único que nos hace falta: un pueblo adulto.

1899

## Salmerón

Con pena pongo mano en la obra de este hombre; no por lo que se aviva el dolor —¡qué más da!— sino porque es pronto aún para tratar de remover el alma fría de las clases «cultas» de su pueblo. A la hora de la muerte sigue siempre en éstas, por reacción natural, la del olvido; cuando no van juntas. Al anoecer uno de estos luminares mayores del mundo del espíritu, sobreviene a veces la profana algazara de los tópicos frívolos e insinceros; y antes de acabar de secarse las mustias flores enterradas, y de desteñirse las coronas de papel y de talco, y de desmontarse las decoraciones de la irreverente pompa fúnebre, las aguas recobran su nivel; y el nombre augusto de los semidioses se borra de la muerta superficie y como que se hunde para siempre. Dejémosle tranquilo allá lejos, en su rincón del polvoriento Cementerio Civil. En ese momento de inconsciencia aún estamos. Y en él, todo rumor es profanación; y la mejor palabra, el silencio. Entre tanto, las fuerzas vivas interiores que encendió aquel impulso de divina energía, y que parecían no dar señales de sí, van y van trabajando en las profundidades abisales hasta que llega a subir su obra a flor de tierra. Entonces es el día, para unos, de hablar, y, para todos, de acordarse.

[...]

Y si ahora, tras interminables tanteos, arrepentimientos, negaciones, al cabo van aquí unas cuantas palabras amargas delante de este haz de miembros desgarrados de la extraña labor de aquel hombre en medio de esta vida agria, dura, fiera, sombría, de la segunda mitad del siglo XIX, cosa es de debilidad y rendimiento; no que con ellas imagine romper la bárbara costra del olvido, ni mover las entrañas de nuestro pobre pueblo, trayéndolo a comunión ideal con el hombre más grande y más suyo que tuvo quizá en esos tiempos. Es pronto

para darle, ni a entrever, la sombra de aquella vida grave, desvanecida suavemente como una niebla en la dulce majestad de la muerte.

## I

Como el héroe del poeta, todo lo probó: la gloria, la cárcel, la idolatría, la pobreza, el destierro; la candorosa popularidad infantil y la rebeldía envenenada; las cumbres amargas y magnificentes del poder y el goce austero de la conversación interior en la serenidad insondable.

En casi todo el orbe espiritual y social puso mano. Y en todo ello a su modo. ¡Y qué modo! El caso cotidiano, local, del conflicto civil entre partes, lo ahonda hasta la dignidad de un problema universal de interés público y humano. La enseñanza privada, sierva dolorida del programa oficial, del examen y el texto, deviene a su impulso aquel ensayo del Colegio Internacional, que aspira a formar un ambiente nuevo para la educación y alcanza desde los primeros años del niño a los cursos libres, donde Ruiz de Quevedo, Fernández Jiménez, Augusto Linares, Juan Uña, Maranges, Moret y otros más —ya hoy casi todos sus compañeros en el reino oscuro— inquietan con los problemas de la naturaleza, el arte, el derecho, la economía, la historia, a un corto auditorio de hombres hechos, ansiosos de absorber cultura universal. Y esto, poco antes de la Revolución de Septiembre, en plenas postrimerías del reinado de doña Isabel II. Por entonces fue también el momento de sus famosas lecciones de Historia en la universidad (de [las] que nos queda el *Brevísimo compendio* trabajado con Castro) y cuando creó entre nosotros —puede decirse que de la nada— la enseñanza superior de la Geografía, dejando en ambos surcos siembra de ideas luminosas. El problema de la religión, en sí misma, no sólo en sus conexiones con el problema político —aunque éste pareciese, por las circunstancias, ser a veces para

él lo primero—, despertó en su alma vibrante honda simpatía, amargamente conturbada por la salvaje persecución y el espectáculo de las masas, casi irresponsables, de nuestras plebeyas clases medias, ayunas de intimidad espiritual, de piedad, de humildad, de amor divino, de respeto humano, y cruelmente arrastradas por el terror y la frivolidad, juntamente, a la servidumbre del materialismo litúrgico, en lo exterior y en sus adentros, a aquella sombría «caridad de castigo» del *compelle intrare*, de que tanto sabemos hoy mismo todavía en nuestra deshecha, desesperanzada, pobre España. Su amigo entrañable... ¿necesito nombrarlo?<sup>1</sup>, ha padecido también a su modo —muy otro en verdad— esta obsesión de lo divino y de la vida religiosa. Y a haberse desarrollado estas dos naturalezas selectas, cada una sin par en su género, en una sociedad propicia, siquiera reverente, para las cosas espirituales, hondas, delicadas, tales como la purificación moral y la renovación interior de las almas, ¡quién sabe lo que habrían intentado y logrado quizá juntos el grandioso y ardiente profeta, con su labor profunda, su construcción majestuosa, su acento de Isaías, y el sereno, reposado, sobrio, ecuánime, amable evangelista de la *Minuta de un testamento*, el hombre que ha llegado a ser como el ideal ético hecho carne para toda la España que aún respira!

## II

Muchos —ya en son de aprobación, ya de censura— piensan que filosofía y religión son hermanas. Según unos, donde aquélla acaba, comienza la obra suplementaria de la fe; para otros, al contrario, la religión es como una antici-

---

<sup>1</sup> Se refiere a Gumersindo de Azcárate (1840-1917) [nota de los editores].

pación popular en el mundo de la fantasía y del sentimiento, con sus vagas aspiraciones etéreas, de lo que la razón construye críticamente en sus conceptos. Y aun aquellos para quienes la religión no es primeramente cosa intelectual, ligada a un contenido metafísico (por ejemplo, a la llamada «explicación del mundo»), sino una forma fundamental de la vida, como la moralidad o el derecho, o el arte, sea la caridad que derrite las almas, o la intimidad en el cosmos, o la humilde dación al ser divino..., ven en la filosofía, con sus problemas universales, como el anverso de la religión, cosa análoga, en el mundo del pensamiento, a lo que ésta aspira a ser en la orientación de la conducta.

Pues en nada se puede advertir mejor esta congruencia que en la filosofía de Salmerón, la más potente obra que —en su tipo, la construcción ideal— ha visto entre nosotros el siglo XIX. Como sucede con los filósofos que escriben poco o nada (Sócrates, quizá el más perfecto), esa filosofía difícilmente presenta los contornos inequívocos, rígidos, inflexibles, que presta a los conceptos el buril de la palabra escrita. Guarda, por el contrario, aquella elasticidad ondulante, aquella complejidad con que se rebela el pensamiento en la perenne oscilación de un proceso vivo, sin llegar a cristalizar en obra que presume ser definitiva.

Recibió ese pensamiento su impulso inicial en el aula de don Julián Sanz del Río, maestro hasta hoy único en la España moderna: severo, intenso, riguroso, educativo, que, como Kant, aspiraba a enseñar no «una filosofía», sino «a filosofar»; no a propagar «una doctrina hecha y conclusa», «articulación cerrada, literal, primera condición de la llamada escuela filosófica» —son sus palabras mismas—, sino a indagar libremente la verdad «en compañía obligada de la propia conciencia», lo que da «muy otro y más alto género de unidad». Y, a su vez, el punto de partida de esta enseñanza era la filosofía de Krause, cuya metafísica no está, sin duda, en el gusto del día; pero a cuyo sentido general

en la ética, el derecho y la ciencia social parece que vuelven hoy los ojos con insistencia pensadores de los más diversos puntos de partida.

No es ocasión de establecer lo que ha sido en España esa filosofía, en sus dos corrientes, bastante heterogéneas: la doctrinal, principalmente venida por Ahrens y Tiberghien, y la analítica de Sanz del Río. En ella se comprueba un fenómeno, propio de todas las filosofías que han hecho estado en la historia, desde Platón a Hegel, a saber: una como disolución de sus fórmulas primitivas (tanto mayor cuanto más y más se van infiltrando en el espíritu social, testimonio de vitalidad que para el vulgo lo es precisamente de muerte), merced a una progresiva diferenciación de su núcleo y de sus elementos fundamentales, que impide la rígida «ortodoxia» sectaria, respeta la personalidad y engendra las más contrapuestas direcciones, como otras tantas traducciones libres de un fondo y patrimonio común. Y así, lo que el observador superficial creía más olvidado y como enterrado para siempre, retoña inmortal una y otra vez con brava lozanía. Pues una de esas direcciones —y de las más excéntricas— en el movimiento krausista es la de Salmerón. Compáresela con la de su compañero, el penetrante y sapiente Federico de Castro, o con la del místico Tapia, la del teológico Romero de Castilla, la de González Serrano, la de Caso, la de Ares..., y se hallará en sus concepciones generales el mismo parentesco, a la vez que la misma irreductible divergencia, que en sus aplicaciones a la sociología y al derecho, a la estética, a la historia, la ciencia natural, la economía, la pedagogía, distinguen a Azcárate y Costa, a Ruiz de Quevedo y Sales, a Fernando de Castro y Leopoldo Alas, a Soler y a Linares, a Alfredo y Laureano Calderón, a Posada, Buylla, Altamira, Cossío... y tantos otros. Todas son ramas de un mismo tronco, y ramas, a veces, cuya filiación sería tan difícil de reconocer para Krause como lo sería probablemente para Kant la de las filosofías de Schuppe, Riehl o Woltmann, o para Hegel la de Carlos Marx y Benedetto Croce.

De igual suerte —volviendo a nuestro hombre— los que hemos podido asistir largos años a la evolución de aquel espíritu singular, al par tan inquieto y tan profundo; a sus lecciones de Metafísica, de Lógica, de Ética; a sus comentarios a la *Crítica de la razón pura*, hemos sido testigos, distraídos o atentos, más que de la elaboración sistemática de una de tantas «Metafísicas basadas en la experiencia», de un proceso constante de infiltración del movimiento positivo contemporáneo en el espíritu y las formas krausianas, hasta dar de sí cierta compleja construcción, que podría representar acaso, dentro de esta corriente general, cosa análoga a lo que ha sido la izquierda en el hegelianismo.

### III

Dos palabras, para terminar, sobre el político. Separo ante todo al orador majestuoso, de grandiosidad insuperable y enérgica invectiva, más tremenda mientras más contrariada. Si, como dice un crítico, «el mundo está regido por dos grandes fuerzas: la idea del griego y la pasión hebraica», en aquel volcán nadie sabría decir qué era mayor: la luz o el fuego. Y si al más endurecido conmovía el espectáculo de la palabra cálida y austera con que el maestro dejaba fluir las ideas en el desierto de nuestra triste universidad desespirtualizada, ¿qué decir de la limosna de aquel verbo tempestuoso, cayendo desde el Sinaí en nuestro Parlamento, sencillo, ingenioso, divertido y «sin segunda», como una sala de armas; pero, en punto a ideal, uno de los más insignificantes de Europa?...

Ahora, como político de acción, a Salmerón lo turbó siempre un doloroso conflicto. Su orientación general, en perpetua discordia con el medio, la selvática inflexibilidad de su contextura y su carácter —que recordaba a su modo a Ríos Rosas— lo empujaban fuera de los partidos y le imponían la vocación

solitaria del profeta, llamado a remover las almas con la potencia de la idea y el fervor de la pasión incandescente. Su superioridad, tan desproporcionada, las circunstancias de nuestra historia, mil factores complejos, hicieron constantemente de él un jefe: de aquel eterno disidente, nacido para no mandar ni ser mandado, y que llevaba a rastras, sin piedad, como una tromba, a la masa rebelde de su ejército, sin poder, ni querer quizá, con él compenetrarse.

Porque el jefe necesita expresar el sentido del grupo a quien gobierna; tiene que ser un conservador, un conformista, una personalidad a la vez elástica y firme, cuyas fórmulas lleven aquel grupo a la conciencia de sí mismo, haciéndole hallar en ellas sus tendencias sordas, sus inclinaciones y sus repulsiones. Y Salmerón luchó siempre contra su propia jefatura como contra una tiranía del destino. Por esto, nunca fue más libre quizá que de 1868 a 1873; en aquel relámpago casi europeo de la Revolución de Septiembre —bien pronto apagado— donde, con el desprecio de toda convención y artificio, sin encomendarse más que a sí propio, fue, a la vez que un vidente, un fermento de perturbación constante, soldado de todas las causas hoy más o menos ganadas, pero entonces perdidas, como la legalidad de la Internacional o la libertad de las colonias. En la jefatura del Estado, en la del partido republicano, en la de la Solidaridad Catalana, parecía prisionero de las contemplaciones, miramientos, distinguos, hasta que acababa por reivindicar su personalidad y atropellar por todo: como en 1873, dejando el trono al verdugo, o en 1897, fustigando a latigazos a su propio partido en el borrascoso mitin de Colón.

No sé si acertaré, y si sería Salmerón éste. Por lo menos, éste es el mío. El que he amado y reverenciado más de cuarenta años: de cerca, en los bancos de su clase; de lejos, en esta política española, que lucha aún entre la vida y la muerte, brutalmente llevada a empujones por sus «estadistas» al pretorio de Europa.

## Mi pesimismo

### I

**E**n cuanto al divertido problema de nuestra presente situación nacional y su probable solución, piensan muchas personas sensatas que quizá nos hemos quedado un poco retrasados. Pero no hay que exagerar: otro tanto les ha pasado, y hasta si se quiere, hoy mismo les pasa a otros pueblos: vean ustedes Grecia. Pues, ¿y Cartago? Y no hablemos de Egipto, porque ya aquí la cuestión no está tan clara. Tendremos nuestras dificultades; pero en todas partes hay sus puntos negros. ¿Creen ustedes, verbigracia, que porque aquí cultivemos nuestras corridas de toros —de que al cabo sólo murmuran cuatro cursis— no quedan todavía por ahí fuera otras fórmulas de barbarie, y si ustedes me apuran, menos lucidas y briosas? (Por cierto, que una de éstas de fuera se nos ha metido en estos días bien adentro). Lean, lean ustedes las listas patrióticas de esas fórmulas bravas, con que, para consuelo de discretos, refreno de instintos plebeyos, desalmados y soeces y afinación del ideal nacional, tiene la bondad de tranquilizarnos cada día la prensa.

Y después de todo, ¿no están ustedes diciendo de hora en hora que si nos hemos puesto a un lado de la corriente general de la vida, que si urge volver a ella cuanto antes, etc., etc.? Pues más sencilla será esa vuelta, cogiéndonos bien firmes a los restos prehistóricos que todavía guarda esa vida de común con la nuestra.

Quedamos, pues, en que estamos mal; pero gracias a Dios y, después de él, a Cánovas, Sagasta y Silvela, no tan mal como a este propio señor Silvela le parece —ahora— hartó, vencido y maltrecho en la descomunal batalla y em-

peño generoso que por tantos años ha reñido, consumiendo su indomable energía en cultivar el ideal, despertar las fuerzas sociales más nobles, purificar la vida del Estado, empujar la educación del pueblo, abaratar el pan, difundir la cultura, satisfacer y pacificar las colonias —que fueron...— y, por coronamiento y flor de toda esta obra, sanear la ética pública —y la privada, ¿no?—, previéndolo todo (a posteriori).

Por esto —siempre vuelvo a mi tema—, no hay que exagerar. ¿Estamos algo rezagados? Pues todo se reduce a andar un poco más deprisa: como el Japón, como Nueva Zelanda, como Cuba... (¡Cuba!).

## II

¿Un poco más deprisa? ¿Por dónde y hacia dónde? Gran favor nos haría quien supiese decirnos qué camino llevamos, si llevamos alguno. No es que vamos despacio, ni aun que estamos sentados al borde de la senda, aguardando a rehacer nuestras fuerzas y seguir adelante. Vagamos desorientados en la sombra, sin saber qué hacer, tropezando unos con otros. De vez en cuando, un poeta, un jornalero, un burgués, un cualquiera, nos da una voz. No acertamos a saber qué dice. Ni siquiera nos entristece no entenderla.

¡Y en esta condición se nos convida a la «dictadura» de un rey o un Roquel! Pronto hemos olvidado —¿lo hemos sabido?— el ejemplo de Carlos III. Un grupo de hombres patriotas, sinceros y cultos, inspirados del mismo calor humanista que hervía en las demás Cortes de Europa, removieron los campos, abrieron talleres, reorganizaron la justicia, secularizaron el Estado, liberalizaron la gobernación de las colonias, crearon laboratorios, caminos, escuelas, institutos de trabajo y de prosperidad... Ellos andaban y andaban,

y parecía que los que andábamos éramos nosotros. Pero aquellos filántropos y *esprits forts* no querían la colaboración de abajo; no querían Cortes; fiaban poco, casi nada, en un pueblo embrutecido, servil y postrado; y demasiado en la virtud milagrosa de la acción gubernamental. Llevaban la divisa de Turgot y se complacían en el mismo ensueño: crear una nación desde la *Gaceta*.

El fracaso fue tan colosal como el esfuerzo. A la muerte de Carlos III, toda esta obra enorme, hecha desde arriba, vino a quedar colgada de Carlos IV —«un rey, dice Buckle, de raza verdaderamente española: devoto e ignorante». A poco, habíamos metido la reja del arado a las magníficas carreteras que nos habían dejado aquellos hombres, para no sembrar ni cosechar en su agrio suelo más que miseria. El gobierno paternal, el «absolutismo ilustrado» había hecho sus pruebas.

### III

Porque fuerza directora que no aspire ante todo a despertar la energía siempre latente en las raíces de la sociedad, fracasará sin remisión. Si no hay vapor, ¿qué importa el maquinista? Pero si suscitamos en esas raíces un movimiento y una orientación firmes, pronto hallarán intérprete, y lengua, y dirección, y manos, que pongan por obra su sordo balbuceo. Lo que nos falta es esa orientación; y más que a nadie, a los presumidos, soñolientos y apáticos «intelectuales». La «masa», los «de abajo», se lanzan tras el ideal, con esfuerzo cada vez más pujante, apenas les llega de él un rayo: tras ese ideal, de que el bueno de don Antonio Cánovas —otro intelectual, que nos hizo el favor de descender del Olimpo al Ministerio— creía ingenuamente incapaz al trabajador, cuando

llevaban casi medio siglo Toynbee, Vincent, Maurice, Kingsley, Stuart, Ruskin... de demostrar precisamente lo contrario.

*Sentido* ideal, no mera *idea*; una tensión del espíritu y aun del hombre todo, cada vez más hacia arriba y hacia adentro, para formar y derramar a un tiempo la persona, del modo más enérgico posible; y derramarlas, no en la contemplación, sino en la acción, que pondrá en cada cual y en todos un reino divino, cierto que de luz, pero al par, y no menos, de calor, de energía varonil y radiante.

Éste es camino. Más lento, o más rápido; ¿quién sabe? Lo único seguro es que no hay otro. Por él, hay esperanza. A juzgar por lo lejos que todavía estamos del principio, conviene advertir que a largo plazo.

## La última cuartilla

**Y**a en cama, gravemente enfermo, encontró fuerzas don Francisco Giner para dictar algunas líneas en respuesta a una consulta que se le dirigió desde el extranjero.

Fue en enero de 1915.

Tesoro de idealismo político y de clarividencia, aquellas pocas y humildes palabras, todavía sin corregir y acaso sin desarrollar, no se han publicado en el *Boletín* hasta ahora, no obstante su alto valor y su honda significación, que no han de subrayarse.

Pero ha llegado el momento de hacerlo. Ahora, ahora precisamente conviene que se oigan; en estos momentos trágicos de la historia, graves entre los más graves que la humanidad ha vivido; cuando la mano del trabajo no ha empezado siquiera a borrar las huellas de la desolación y de las ruinas; cuando torrentes de ambición, de egoísmo, de perfidia, de odio inundan los cauces aún frescos de la sangre vertida; en estos días mismos en que la Conferencia de la Paz delibera sobre el pacto de la Sociedad de Naciones, que aspira a predicar la buena nueva del mundo de mañana, de la patria del porvenir, de la tierra de los hijos.

Helas aquí. Gratas a todo corazón humano, más gratas han de ser para los corazones españoles, ya que es España, por la voz de un español —voz que cada día se oirá más adentro y más clara—, la que se anticipa esta vez a proclamar aquel puro ideal de justicia, hacia el que tienden ahora las almas nobles, para regir las mutuas relaciones de los pueblos.

Y véase cómo la perenne actualidad del espíritu del maestro no fue nunca más actual que en su última hora:

«En general, la opinión liberal en España desearía caminar hacia una organización eficaz de las relaciones entre los pueblos, sea por medio de arbitraje, sea bien por verdadera organización política. Pero la mayor fuerza de esta posibilidad depende de la vida interior: de que los individuos y los pueblos no hallen su ideal en la extensión del poder, territorio, grandeza, supremacía respecto de nadie, en vez de ponerlo en una vida cada vez más pura, espiritual y noble, ayudada por los medios necesarios, que no han de ser arrebatados a los demás por la conquista o por la astucia».

1915

**Actividad subvencionada por el  
Ministerio de Educación, Cultura y Deporte**



[www.paoioioio.com](http://www.paoioioio.com)

Diseño de cubierta: Carlos Pan

Diagramación de interiores: Carlos Pan

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional de España No

Impreso España - Printed in Spain

Francisco Giner de los Ríos. Antología.

Primera edición: 2013

© Fundación Francisco Giner de los Ríos | Institución de Libre Enseñanza

Calle del Pinar S/N

Teléfono: +34 0.00000

Fax: +34 000000

Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.